



**DIEZ MIL AÑOS
DE PREHISTORIA
URUGUAYA**

daniel vidart



**10.000 AÑOS DE
PREHISTORIA URUGUAYA**

PRESTONIA URUGUAYA
10-000 0000 00

Fundación Editorial "Unión del Magisterio"

Impreso en Uruguay - 1973

Suplemento de la Revista de la Educación del Pueblo

10.000 AÑOS DE PREHISTORIA URUGUAYA

daniel vidart

Versión corregida y aumentada de la Conferencia dictada en la Asociación Magisterial de Rosario Oriental, Uruguay, el 19 de febrero de 1971.



**FUNDACION EDITORIAL
"UNION DEL MAGISTERIO"**

10.000 ANOS DE

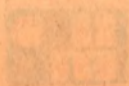
PREHISTORIA URUGUAYA

donde

*A Antonio de Veciana,
antropólogo, ex-corde*

El presente libro es el resultado de la colaboración de los autores y de la edición de la Fundación Editorial del Uruguay.

FUNDACIÓN EDITORIAL
DEL URUGUAY



EL URUGUAY EN LA PREHISTORIA DE AMERICA

Resulta imposible referirnos a la prehistoria del Uruguay, o del territorio ocupado actualmente por el estado uruguayo, dejando de lado la prehistoria del cono sur de América Meridional. Del mismo modo es imposible estudiar la prehistoria de América Meridional sin vincularla a la de Mesoamérica y América Setentrional. Por último, no puede encararse el tratamiento conjunto de la prehistoria del Nuevo Mundo sin tener en cuenta la prehistoria mundial.

Sin embargo, y pese a las actuales conquistas de las Ciencias del Hombre, tales actitudes prescindentes han sido asumidas a nivel continental y a escala nacional, revelando así una visión provinciana y un etnocentrismo antropológico que ya es momento de abandonar para siempre.

El hombre, "aquella parte singular de la naturaleza por la cual la naturaleza cobra conciencia de sí misma", fue, a la par que un fabricante de utensilios e ideas, tradiciones y cosmovisiones, relaciones de producción y códigos morales, un impenitente y forzado viajero. La necesidad de subsistir, y no un metafísico **wandertrieb** —espíritu vagabundo— como sostienen algunos teorizadores idealistas, obligó a las antepasadas sociedades a planetizar tempranamente la especie **homo**, cumpliendo un árduo y silencioso peregrinaje por las porciones continentales e insulares del hogar terrestre.

Lo anteriormente expresado debe ser repetido una y cien veces. Es necesario ahondar, relacionar y racionalizar la prehistoria nacional, purgándola de mitos y fantasmas. Desde comienzos del siglo unos ubicuos y abstractos charrúas, rodeados por un séquito más o menos vago de minuanes, yaros, guenoas, arachanes y bohanes, amén de una periferia de chanáes y guaraníes, recorren con paso estereotipado las páginas escolares, persisten en las liceales y aún acampan en las universitarias. Paracaídistas de la historia, excrecencias de la geografía, ubicados todos en un anfiteatro cerrado, en un escenario sin bambalinas y sin telón de fondo, los indígenas de la Banda Oriental aparecen ante nosotros como productos de una desconcertante generación espontánea, sin origen próximo o remoto, sin rutas de entrada, sin prelación temporal, sin precursores cul-

turales, sin vinculaciones etnológicas, repitiendo sus estáticos ademanes lo dictado por viejos estudiosos, ya sobrepasados con holgura, que debemos honrar en la medida que los releguemos, con el mayor respeto, a sus venerables sarcófagos finiseculares. Un poeta uruguayo, muy recitado en las escuelas, ha sintetizado esta actitud general hacia nuestros indios al tiempo de la conquista —involuntarios usurpadores del legado arqueológico de remotas etnias— con unos conocidos versos:

“Venía,
no se sabe de dónde...”

Hoy sabemos de dónde venían aquellos misteriosos guerreros. Y sabemos también que antes de haber llegado a esta hermosa pradera que por igual cautivara al portugués Lopes de Sousa en el siglo XVI y al angloargentino Hudson en el XIX, otras humanidades habían encendido sus fuegos y apagado sus parábolas vitales a lo ancho de las cuchillas y en lo hondo de los milenios.

Hubo, en definitiva, una real y dilatada prehistoria en la Banda Oriental y no sólo una protohistoria entretejida por los cronistas. A dicha prehistoria vamos a referirnos de inmediato, una vez que definamos las connotaciones que entraña el tan llevado y traído vocablo.

La prehistoria es la antropología del pasado. Pero no todo el pasado cabe en el campo de la prehistoria ni todas las tradiciones científicas de Occidente coinciden en la delimitación cronológica y cultural de aquella.

La **prehistoria**, en la tradición científica española, abarca los períodos anteriores a la invención de la escritura mientras la **protohistoria** describe la vida de los pueblos prehistóricos, según los documentos escritos por sus vecinos o conquistadores.

Para la tradición científica francesa **prehistoire** equivale a edad de la piedra y **protohistoire** a edad de los metales, y ambas acepciones se han instalado en el idioma italiano con igual significado. Los científicos ingleses entienden por **prehistory** todo lo acontecido antes de la invasión de las Islas Británicas por los romanos. Finalmente, para los alemanes existe una triple gradación: la **Urgeschichte** cubre la antigua edad de la piedra (paleolítico), la **Vorgeschichte** comprende la nueva edad de la piedra (neolítico) y la **Frühgeschichte** abarca desde la edad de los metales hasta la época carolingia.

Para sustituir esta terminología confusa, y por momentos incorrecta, Hawkes, un profesor inglés de la Universidad de Oxford, ha propuesto un nomenclator más acertado, aunque es difícil que se universalice dado que cuesta vencer la inercia semántica de los vocablos ya consagrados. La prehistoria, a juicio de Hawkes, comprende los tiempos inmediatamente anteriores a la historia de un pueblo como, por ejemplo, cuando los cronistas europeos ofrecían noticias sobre la vida de los charrúas. La parahistoria abarca el lapso en el cual los restos arqueológicos de una cultura pueden ser fechados por sus relaciones con culturas históricas. La telehistoria se refiere a la época inaugurada por la domesticación de animales y plantas, esto es, a la economía productiva del neolítico. La antehistoria, finalmente, cubre el larguísimo y penumbroso período del paleolítico iniciado hace 2:000.000 de años con los eolitos del **homo habilis** del África oriental.

La prehistoria abarca dos campos: el del origen y evolución de la especie humana y el del origen y evolución de las culturas. El primero está sistematizado por la paleontología humana o paleoantropología, que estudia los restos fósiles de las antiguas humanidades; el segundo, por la arqueología prehistórica que interpreta los restos materiales de las antepasadas culturas.

En ciertos momentos, cuando los indicios ergológicos (la ergología se refiere a los artefactos contruidos por el trabajo del hombre, desde la tosca talla de un guijarro a una computadora electrónica) son muy escasos o unilaterales, no es lícito hablar de cultura sino que lo correcto es hablar de industria. En nuestro caso no existe una cultura del catalanense sino una industria; hay en cambio testimonios arqueológicos y etnográficos suficientes como para delinear los rasgos generales de la cultura de la macroetnia charrúa.

Contrariamente a lo sostenido por la escuela norteamericana acaudillada por Hrdlicka, que se detenía en una antigüedad máxima de 10.000 años —estirada luego a 15.000— la actual investigación prehistórica ha demostrado, gracias al **test** del radiocarbono 14, que el hombre penetró en nuestro continente hace por lo menos 40.000 años. Ello significa que en América tienen plena aplicación las periodizaciones del Viejo Mundo (paleolítico, mesolítico, neolítico) y que es necesario desterrar la confusa terminología de precerámico, paleoindio, lítico, arqueolítico, formativo, etc.,

adoptada en vista de falsas consideraciones cronológicas, arqueológicas o geográficas de atipicidad continental.

Hay, sí, características dignas de ser tenidas en cuenta en la prehistoria americana, que la singularizan y distinguen de la del Viejo Mundo.

Una de ellas es la marginalización y perduración del arcaísmo en algunos grupos humanos, hecho que determinó la conservación de rasgos culturales protomorfos, perpetuando así tipologías arqueológicas que en el Viejo Mundo se habían extinguido muchos milenios antes. El tosco tallado del catalanense, por ejemplo, parece haberse prolongado desde 8.000 a. J.C. hasta principios de nuestra era: cuando los portadores de la primitiva cultura habían desaparecido, la industria lítica arcaizante perduraba como una **facies** local.

Otra peculiaridad es la conservación de faunas antiguas hasta tiempos relativamente recientes. En tal sentido el mamut y el armadillo gigante (gliptodonte) recién se extinguieron entre el período boreal (7.000 - 5.500) y el atlántico (5.500 - 2.500 a. J.C.). El mastodonte perduró bastante más todavía.

Finalmente, la mezcla de tradiciones culturales, cuyas provincias no han sido todavía fijadas con precisión por falta de sistemáticas prospecciones arqueológicas, sumada a las diversas tradiciones intelectuales de los investigadores, confunden los esquemas a tal punto que el no especializado sucumbe ante las dificultades de coordinar las nomenclaturas y periodificaciones de los "recentistas" que destierran al paleolítico inferior de la prehistoria de América, de los "remotistas" que lo retrotraen hasta los 70.000 años, y de los "holistas" que unifican en un solo cuerpo toda la prehistoria mundial. Es oportuno, al respecto, transcribir una opinión del Dr. Menghin, citada por Schobinger en su muy útil **Prehistoria de Suramérica**:

"Surge naturalmente la pregunta de si es posible establecer una relación entre el panorama etnológico de las culturas americanas con el que nos proporciona la arqueología. La respuesta es afirmativa. América constituyó en los tiempos prehistóricos un área marginal del ecúmene que participó en forma debilitada de la dinámica del desarrollo cultural del Viejo Mundo. También en este continente se apiñaron pueblos y culturas, pero en forma menos violenta, y sus características geográficas permitieron a los nuevos inmigrantes obtener nuevos refugios. Es posible así —a pesar de las grandes lagunas de la investigación— rastrear en algunos casos el desarrollo de los grupos étnicos existentes en tiempos tardíos hasta el fin de la época glacial. Ello permite captar en

parte en forma aún más clara que en el Viejo Mundo la relación de los cazadores inferiores con el protolítico (paleolítico inferior), de los cazadores superiores y cazadores-plantadores con el miolítico (paleolítico superior) y de los plantadores recientes con el neolítico temprano. El hecho incontestable de poderse aplicar en lo esencial la cronología cultural del Viejo Mundo también en el Nuevo es de gran importancia para el panorama prehistórico universal, puesto que no se trata en este paralelismo de una casualidad, ni se debe a ley natural o histórica alguna, sino a concretas realizaciones genéticas. Esto surge del sinnúmero de relaciones culturales y de su ubicación equivalente dentro de entidades arqueológicas y etnológicas. Es verdad que durante y después de su migración a América las culturas sufrieron toda clase de mezclas y de procesos de cambio que alteraron su fisonomía [...]. En conexión con esto tiene importancia una observación de carácter negativo. De las formas de vida fundamentales del Viejo Mundo, una, la de los ganaderos nómadas, no alcanzó a arraigar en América (La actividad ganadera existente fue relativamente limitada y realizada en el seno de las altas culturas). Careció así este continente de un factor dinamizante y explosivo de alta significación. Esto, junto con algunos condicionamientos naturales, explica la tendencia conservadora del desarrollo cultural paleoamericano y representa la mayor diferencia entre éste y el del área euroasiática”.

A estas atinadas consideraciones, que valen para los aspectos relacionados con las culturas inferiores y medias, se pueden agregar otras, atinentes a las carencias de las culturas superiores americanas. En efecto, tanto las altas culturas sierralés de México como las del Perú y sus respectivas áreas de influencia, revelan un extenso déficit en relación con las del Viejo Mundo, a saber: falta de la ganadería nómada y del verdadero pastoralismo, ausencia del soplete y en consecuencia de la fundición del hierro, ignorancia de la rueda y el carro aunque la rueda —desfuncionalizada, tal vez trasculturada por contactos transpacíficos— aparezca en carritos rituales de cerámicas hallados en Mesoamérica, y, finalmente como consecuencia de la falta de bestias de tiro, el desconocimiento del arado.

Todo lo expresado, sumado a las lagunas informativas, a la falta de metodología científica y a la aparente extemporaneidad de una disciplina que en la tormenta del cambio contemporáneo busca, no tan enajenada ni desinteresadamente como algunos suponen, las raíces de la historia humana —lo cual le priva la atención de los impacientes futurólogos— certifican que el tránsito por este terreno no es fácil. Y en el caso nuestro lo es aún menos, pues el territorio de la antigua Banda Oriental fue una especie de **cul de sac** donde se amontonaron, desde los más lejanos tiempos del pobla-

miento del continente sudamericano, la mayoría de las etnias que diseminaron sus tipos raciales y sus repertorios culturales en el cono meridional. Solamente los andinos y los huárpidos faltaron en nuestro territorio aunque la influencia de las culturas andinas, si bien atenuada, se hizo sentir en más de un momento. De cualquier modo, la condición de bolso geográfico del territorio oriental influyó para que fuera a la vez un matraz antropológico y una especie de marsupia espacial donde confluyeron, se enfrentaron, mezclaron y marginalizaron distintos contingentes humanos.

EL ORIGEN DEL HOMBRE AMERICANO

Cuando los europeos que pensaban haber entrado al Asia por su puerta trasera —de ahí el nombre de indios que recibieron nuestros aborígenes— advirtieron que las tierras recién descubiertas pertenecían a un nuevo mundo se desencadenó una agria querella teológico-histórica entre los tratadistas ibéricos. Una posición sostenía que los indios no eran hombres, que no tenían alma, que no cabían en el plan divino de las humanidades pro hijadas por Sem, Cam y Jafet. Estaban fuera de la Biblia y por lo tanto al margen del génesis de la especie humana. Eran animales con rasgos faciales y formas corporales semejantes a los de los hombres verdaderos y en consecuencia, su destrucción o cautiverio estaban plenamente justificados. Otra posición, más amplia, se relacionaba con la tradición estoica de la antigüedad clásica, la cual se oponía al concepto de que el esclavo lo era por naturaleza, como lo sostuviera Aristóteles. Dicha posición reconocía la humanidad total de los indios y su entronque con la descendencia de Noé, aunque no decía cómo se había operado la inmigración al Nuevo Mundo. La discusión recién se acalló cuando en 1537 una expresa Bula del Papa Paulo III estableció que los indios eran hijos de Dios y hombres en todos los sentidos de la palabra. A partir de esta decisión papal los teólogos se enfrentaron con otro difícil enigma: ¿qué hijo de Noé había sido el genitor de los pueblos de América? Y la discusión se abrió de nuevo, si bien por otros cauces.

A los efectos de esta exposición interesa decir que existen

muchas hipótesis acerca del origen de los primeros pobladores de nuestro continente. Sin embargo es posible ordenarlas clasificándolas en tres grupos:

- 1º) autoctonismo del hombre americano;
- 2º) origen alóctono único;
- 3º) origen alóctono múltiple —varios continentes proveedores o varias oleadas migratorias de distinta extracción racial.

A) Autoctonismo.

Dentro del autoctonismo se reconocen dos corrientes: la de los poligenistas, que consideraban la existencia de una hominización múltiple e independiente en distintos hogares planetarios, y la encabezada casi solitariamente por Ameghino, que hacía de América, y en particular la pampa argentina, la cuna de la humanidad.

Los poligenistas tienen un remoto antecesor en Paracelso (1494-1541), quien afirmaba que “no es posible admitir que los habitantes de las islas recién descubiertas [América] sean hijos de Adán, y que sean de la misma sangre y carne que nosotros”. En 1695 un casi anónimo L. O. sostenía en Londres que los indios americanos y los negros no descendían de los hijos de Noé. Más tarde, en pleno siglo XVIII Voltaire afirmaba que “los americanos, negros y japones no han descendido del primer hombre”.

Los poligenistas científicos, con más ricos argumentos, defienden la existencia de diversas especies de **homo**. J. J. Virey (1801) sugiere dos especies con seis razas; A. Desmoulins (1826) establece que de las 16 especies de hombre originarias, 2 eran nativas de América; J. B. Bory de Saint-Vincent (1827) propone la existencia inicial de 15 especies, divididas algunas en múltiples razas; L. Agassiz (1846) efectúa una división ecológica del mundo, en la que relaciona los centros de hominización con determinadas combinaciones regionales de faunas y floras: reconoce así la existencia de 9 especies (americanos, árticos, australianos, polinesios, mogólicos, malayo-indios, hotentotes, africanos y europeos; H. Smith (1848) acepta la existencia de tres sucesivas creaciones de hombres blancos, amarillos y negros; G. Sergi (1911) establece, por encima de las especies, 5 géneros humanos (**Archaeanthropus** —hombre arcaico— y **Paleoanthropus** —hombre antiguo— entre los extinguidos, y **Eoanthropus** —hombre del oriente—, **Hesperanthropus** —hombre del occidente— y **Nothanthropus** —hombre del sur— entre las vivientes). Estas ideas repercuten en V. Giuffrida-Ruggieri

(1921) quien sistematiza al **homo sapiens** en 5 especies: **orientalis**, **occidentalis**, **meridionalis**, **pigmaeus** y **afer**. A la lista de los poligenistas citados habría que agregar, entre otros, al estadounidense S. G. Morton, quien en 1836 afirmaba que "el hombre americano es un producto distinto del suelo americano, sin vinculaciones con el Viejo Mundo". El monroísmo antropológico comenzaba así su carrera trece años después del nacimiento del monroísmo político.

El argentino Florentino Ameghino fue más allá que los poligenistas. En efecto, radicó en el área pampeana el hogar primigenio del hombre. El remoto antecesor terciario de toda una cadena de **prothomos** fue, según su doctrina, el **Homunculus patagonicus** y dicha cadena se eslabonó con el **tetraprothomo argentinus**, el **triprothomo**, el **diprothomo platensis** y el **prothomo** propiamente dicho.

Según Ameghino se habrían producido tres emigraciones de América, en tres distintos momentos.

1º) De la línea de los monos homunculidios se origina la línea de los hominidios primitivos. Antes que en América aparezca el **tetraprothomo** emigran al Viejo Mundo marchando sobre los restos eocenos (principios del terciario) del continente Afroamericano (**Arquelenis**). Surgen entonces en el África los monos antropomorfos pues los hominidios degeneran ("se bestializan", dice Ameghino). Los continuadores menos degenerados de esta rama aberrante son el **Homo Heidelbergensis**, en Europa, y el **Pithecanthropus erectus** en Indonesia, Java.

2º) Descendiente de los hominidios verdaderos, aunque aún en la fase prehumana, la rama que engendrará al **homo afer** se dirige al Viejo Mundo utilizando el delgado puente guayano-senegalense de principios del plioceno (último período del terciario). Se originan así las razas afroasiáticas del área tropical (negros, negroides y australoides) cuyo proceso evolutivo queda estacionario.

3º) De la línea de los hominidios, ya en el estadio humano (**prothomo**), surge el **homo pampaeus**. Este desprende, en América del Sur, los contingentes que engendrarán las razas aborígenes sudamericanas y los que, atravesando el recién emergido istmo de Panamá (fines del plioceno), darán origen al **homo nordamericanus**. De Norteamérica, a su vez, parten dos grupos: una cruza el puente terrestre de Bering —convertido de estrecho en lengua de tierra por el descenso del nivel oceánico provocado por la glaciación de turno— y da nacimiento a las razas mongólicas; otro pasa sobre el puente que hasta principios de la era cuaternaria vinculaba a Ca-

nadá con Europa y origina al hombre de Galley Hill. Una rama aberrante, marginalizada y degenerada, se convierte en el **homo primigenius** (los neandertales y sus variedades); la segunda, evolutiva y dinámica, da lugar al **homo caucasicus**, el padre de la raza blanca cuya perfección —y aquí existe un indudable etnocentrismo racista— le asegurará el dominio del planeta.

Hoy se ha demostrado acabadamente que las bases paleontológicas de las que partió Ameghino para construir su serie eran falsas, a tal punto que confundió los restos de un félido con los de un homínido. Pero, en el plano filosófico, América como cuna del hombre configuraba una seductora revancha sobre las teorías europocéntricas acerca de la inferioridad americana (el indio como no humano, el indio como animal de primera categoría, el indio como degenerado y pueril, el indio como frígido y sodomita, etc.).

B) Aloctonismo.

Las hipótesis alóctonas reconocen que el hombre ha llegado a América desde otros continentes. Sus variantes muestran dos alternativas: el origen único y el origen múltiple de los primeros pobladores.

1ª) El origen único reduce a un solo tipo racial o a un solo hogar geográfico la proveniencia de los indios. Así se supone al hombre americano originario del Asia reconociendo entre sus genitores los siguientes pueblos: hebreos —Bartolomé de las Casas, Fernández de Oviedo, Gregorio García, Guaman Poma de Ayala—; fenicios —Hornius, Huet, Court de Gibelin, Gaffarel, Onfroy de Thoron—; cananeos —Lescarbot, Stiles—; turanios, tártaros, mongoles —de Gómara, Martínez, de la Calancha, Ranking, de Varhanger, Hrdlicka; chinos —Grotius, de Guines, Paz Söldan, Toung Dekien—; japoneses —de Paravey, de Rosny, Zeballos, Loayza, Bertoni—; escitas —de Laet, Elis—; sumerios —Patrón, Falb, Mena—. Otra corriente lo hace venir del África: cartagineses —Mariana, Torquemada, Venegas—, cananeos del norte de África —Hornius—; negros —de Saint Pierre, quien hace derivar a los melanodermos americanos de los melanodermos africanos—; egipcios —Campbell, Smith, Wiener, Cauvet, Harris—. No puede quedar fuera de las hipótesis la humanidad insular de Indonesia y Oceanía: isleños de las Molucas —Grotius—; polinesios —Bancroft, Bradford, Wilson, Hamy, Ellis—. Europa también está en la lista de proveedores, y aquí el delirio recrudece: troyanos refugiados en el Lacio —Morton—;

escandinavos —Rafn, Bretton, Morse—; cromagnons antepasados de los pieles rojas —de Cottevieille-Giraudet—; caucásicos —Heyerdhal—; catalanes —Rocha—; vascos —de Basaldúa—; germanos —Grotius, Wirth—; magdalenenses del paleolítico superior, lejanos antepasados de los esquimales —Hamy, Hervé, Sollas—; griegos antiguos —García, Lafitau—; etc. Y finalmente figura como expediente extremo —romántico, escapista o disparatado—, el origen en continentes imaginarios. La legendaria Atlántida, a partir de Carli (1784) aparece una y otra vez en las fabulaciones de los escritores comerciales; la Lemúrida, del Pacífico, también tiene sus defensores —Haeckel—; el Continente Pacífico, hundido como la Atlántida, recluta un vasto grupo de adherentes —Scharf, Clark, Enoch, Stucken, Macmillan Brown—; la Arquinesia, o islas antiguas del Pacífico, halló su propugnador en el paraguayo Bertoni; la Antártida ha recibido los sufragios de Huxley, Osborn y Moreno.

De todas las teorías del origen único, la sostenida con mayor cantidad de argumentos científicos fue la del checo Ales Hrdlicka, quien, luego de haberse radicado en los EE.UU. y haber creado una reputada escuela antropológica, afirmó que el **American homotype** era de origen mongol. Los distintos subtipos de inmigrantes, todos mongoles, entraron en tres momentos y provinieron de tres grupos: una primera oleada, llegada en pequeños contingentes de dolicocefalos, originó a los algonquinos, iroqueses, sioux y shoshones en Norte América; tribus prima-azteca en Mesoamérica; raza de Lagoa Santa e indígenas de Venezuela, costa de Brasil y Tierra del Fuego; una segunda oleada, acentuadamente braquicefala, llamada por Morton de tipo tolteca, "se estableció a lo largo de la costa noroeste, en la región montañosa del centro y del este, las Antillas, México, incluido el Yucatán, en el Golfo, gran parte de América Central, alcanzando finalmente la costa del Perú y otras regiones del norte de América del Sur"; una tercera oleada, cuando América ya estaba bien poblada, trajo a los esquimales y los indios atapascos. Estos últimos se filtraron hasta el sur (los hupa de California) y penetraron en Tejas, Arizona, Nuevo México y norte de México (apaches).

2ª) El origen múltiple de los pobladores amerindios.

Desde la época de Grocio y el padre García se admitía un origen múltiple en el poblamiento primitivo de América (hecho admitido tácitamente por D'Orbigny en el siglo XIX) pero debió llegarse al siglo XX para que esta tendencia se sistematizara cientí-

ficamente. El que primero se ocupó de probar la existencia de múltiples migraciones, cuando reinaba al parecer incontestablemente la hipótesis mongoloide de Hrdlicka, fue el francés Paul Rivet, quien, a partir de 1924, efectuó varias publicaciones sobre el tema.

En síntesis, Rivet sostenía que, por su orden, habían llegado al Nuevo Mundo las siguientes oleadas:

- 1º un grupo australiano;
- 2º un grupo de tipo físico melanesio con lengua malayopolinésica;
- 3º un grupo asiático, mongoloide, el más candaloso, que impone una apariencia física común a la gran mayoría de indoamericanos;
- 4º un tardío grupo esquimal.

Tras Rivet las hipótesis de origen múltiple se suceden. Imbelloni, a partir de 1937, después de haber criticado algunas lagunas de la metodología de Rivet y guiado por las aportaciones de la escuela Histórico-cultural y de von Eickstedt propone siete oleadas que más tarde reducirá a cuatro:

- 1ª) tasmanoides (antepasados de los fuéguidos);
- 2ª) australoides (pámpidos sudamericanos e indios de las praderas de Norteamérica);
- 3ª) melanesoides (láguidos del altiplano oriental del Brasil);
- 4ª) protoindonesios (amazónicos);
- 5ª) mongoloides (ándidos);
- 6ª) indonesios (ístmidos);
- 7ª) mongoloides (subártidos y colúmbidos de Norte América).

Birdsell, en 1951, sugiere que en América entraron tres contingentes: mongoloides propiamente dichos, caucasoides arcaicos del tipo amuriano (del río Amur de Siberia) y murrayanos (del río Murray, en el sudoeste de Australia) derivados de los amurianos. Canals Frau (1950, 1953) habla por su parte de cuatro oleadas. Gladwin (1947) propone seis: australoides, negroides pre-algonquinos, esquimales, chinos del norte y marinos de la flota de Alejandro Magno, melanesios y polinesios.

Hoy se acepta ya plenamente el origen múltiple del hombre americano, llegado en varias oleadas del Asia, lo cual liquida la hipótesis del autoctonismo.

Las entradas, según las tesis "remotistas", se elevan a una antigüedad de 70.000 años; según las "recentistas", sólo a 15.000.

No obstante, este pleito fue zanjado por las pruebas del radiocarbono 14: Lewisville, Texas registra dataciones de más de 38.000 años; American Falls, Texas, más de 30.000; Tule Springs, Nevada, más de 28.000; La Jolla, California, 21.500.

Luis Pericot (1962) ha resumido así los puntos de vista actuales: El camino de entrada al Nuevo Mundo fue el estrecho de Bering; los primeros americanos eran cazadores y recolectores, con cultura parecida a los pueblos euroasiáticos del paleolítico medio o superior (técnicas musteroideas, auriñacienses, gravetoides, algunas magdalenienses y gran predominio de las solutroides); el fondo primitivo arrinconado en América está constituido por elementos de caracteres dolicoideos, arcaicos, semejantes a los de los australoides, melanesoides o europoides; sobre este fondo se superpusieron múltiples oleadas de braquicéfalos asiáticos de tipo más o menos mongoloide; una vez poblada América y producida la ruptura del istmo de Bering se operó la diferenciación lingüística, aunque hubo muchos contactos y fusiones en el orden cultural; es posible



Primer poblamiento de América en el paleolítico medio (Bosch - Gimpera).
Primer poblamiento de América en el paleolítico superior (Bosch - Gimpera).

19

tes, y la clasificación de las grandes áreas culturales. Reservo el primer punto para cuando estudiemos la secuencia de los períodos de nuestra prehistoria indígena; en cuanto al segundo propongo —por razones más prácticas que científicas— adoptar la clasificación de Cooper (1942) que consideraba un área sierral (altas culturas de las montañas y mesetas del occidente de Sudamérica), un área silval (culturas medias de la llanura amazónica y la región circuncaribe) y un área marginal (bajas culturas, al sur de la línea imaginaria que va de las bocas del Amazonas a la isla de Chiloé). Hay otras clasificaciones más completas, pero ésta bastará para nuestros propósitos.



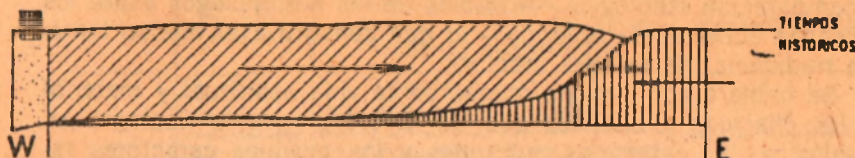
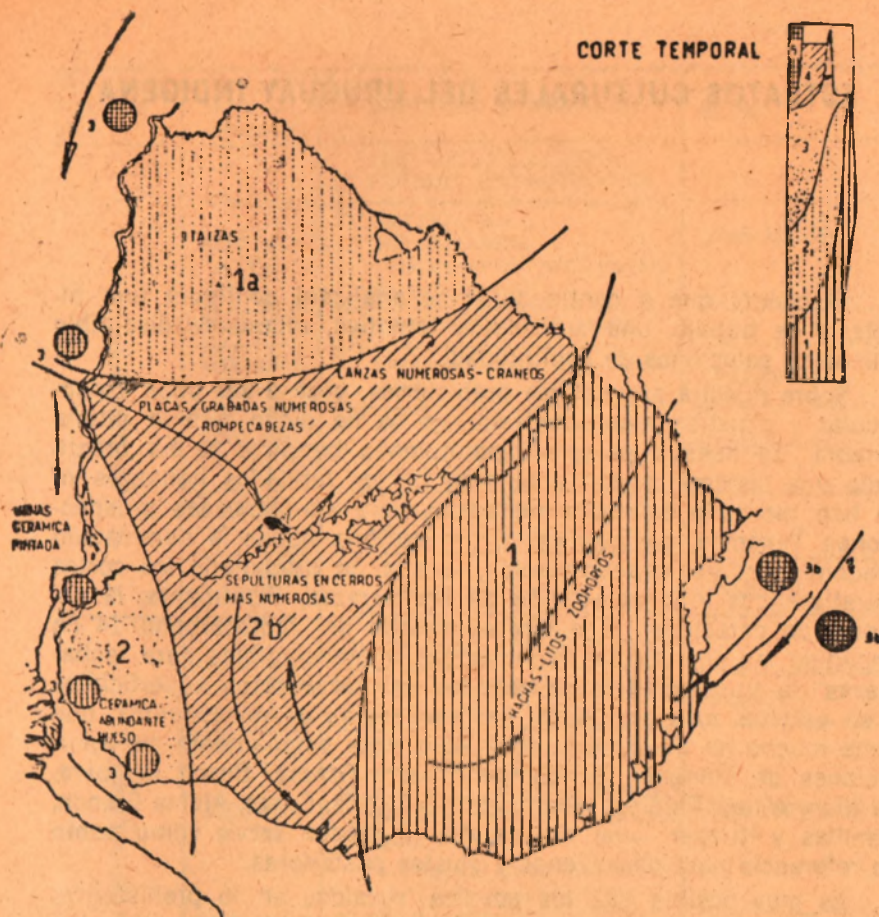
CULTURAS PREHISTORICAS DEL URUGUAY

ACTUALIDAD

HISTORIA

PREHISTORIA

CORTE TEMPORAL



CORTE ESPACIAL

- | | | |
|--|---|--|
| delicopticelatos bajos
cultura sambaquiana
lengua tape o q̃
economía arachanes ? | tipo físico ? hipsidolicelatos bajos ?
cultura guayana
lengua ? hainganga ?
economía ? guayanas ? ubirayaras ? | mesohipsicelatos altos
cultura chaquenha con cerámica plástica
lengua chana
economía ? chanas ? timbues ?
agricultores intermedios |
| platibraquicelatos bajos ? araucanizados ?
cultura de vinculaciones patagónicas
lengua ? charrúa
economía ? charrúas minuanes yaros
guaneas bahanes cazadores y recolectores | braquicelatos bajos
cultura amazónica agricultores
lengua guaraní
economía ? guaraníes ? tupías
cerámica pintada enterrada en urnas
y paquetes | |

Dibujo de Mabel Vecino sobre un original de Juan I. Muñoa.

ESTRATOS CULTURALES DEL URUGUAY INDIGENA

El cuadro que a continuación se analizará configura una hipótesis de trabajo, una ordenación tentativa, altamente discutible y llena de soluciones de continuidad.

Sobre nuestra arqueología prehistórica, pese a ser poco espectacular y artísticamente modesta, no se ha dicho aún la última palabra. En nuestra paleontología humana tampoco se ha practicado una sistematización coherente de los limitados hallazgos ni se han realizado esfuerzos metódicos para planificar las prospecciones. Tenemos, por otra parte, un territorio donde la denudación predomina sobre la acumulación, lo que ha dificultado los cortes estratigráficos y la excavación de las terrazas. Finalmente, la carencia de dataciones mediante el método del radiocarbono 14 ha impedido las operaciones cronológicas imprescindibles para fechar piezas de tipología arcaica halladas en yacimientos superficiales o en estratos más profundos. Las secuencias de mi esquema, que tiene mucho de personal aunque aprovecha ampliamente las aportaciones de Menghin, Schobinger, Ibarra Grasso, Bosch Gimpera, Cardich, Willey, Phillips, Wormington, Meggers, Evans, Alcina Franch, Armillas y Krieger —ver bibliografía—, pueden servir como punto de referencia para discusiones y ajustes posteriores.

Es muy posible que los acentos, recaídos en lo prehistórico, escamoteen a lo protohistórico —testimonio de los cronistas— y a la comparación etnológica —estudios de los antropólogos sobre los indígenas actuales de América— lo que constituye el núcleo temático tradicional de nuestra indología.

Se hablará aquí mucho menos de la vida espiritual y material de los charrúas o chanáes que de la cronología, la tipología arqueológica, las categorías culturales y los posibles caracteres raciales de las oleadas que invadieron nuestro territorio a lo largo de diez milenios. De este modo se obtendrá mayor profundidad que en las visiones etnográficas usuales que aglomeran en un solo plano, mezclando lo espacial con lo temporal, las distintas culturas

Modalidad arqueológica	Fecha de arribo al Uruguay	CULTURAS (o industrias)	Tipos raciales
PRE-CERAMICO		ESTADIO PALEOINDIO I) PERIODO EPIPROTOLITICO	
	8.000 años a. J. C.	1º Recolectores - paleocazadores —catalanense, maldonaden- se, aceguaense	¿Prefuéguidos?
		II) PERIODO EPIMIOLITICO	
	7.000 años a. J. C.	2º Cazadores superiores este- parios con puntas	¿Prepámpido?
	6.000 años a. J. C.	3º Recolectores - ¿paleopanta- dores tropicales? —cuareimense	¿Preláguidos?
	5.000 años a. J. C.	4º Cazadores superiores estepa- rios con láminas foliáceas	¿Láguido- pámpidos?
PROTOCERAMICO	3.000 años a. J. C.	5º Cazadores superiores sub- andinos con flechas	¿Pámpidos?
		ESTADIO MESOINDIO III) PERIODO PARANEOLITICO	
	1.500 años a. J. C.	6º Grandes cazadores australes —macroetnia charrúa	Pámpidos
		COMPLEJOS CULTURALES INTRUSIVOS	
	1.000 años a. J. C.	7º Complejo cultural semise- dentario andino - samba- quiano —industria lítica de los ma- riscadores setentrionales	¿Fuegoláguidos?
	500 años a. J. C.	8º Complejo cultural osteodon- tomalacoquerático —industria ósea de los ma- riscadores meridionales	¿Fuegopámpidos?
CERAMICO		ESTADIO NEOINDIO IV) PERIODO NEOLITICO	
	Comienzo de la era cristiana	9º Pescadores - canoeros - plan- tadores —macroetnia chaná - tim- bú - beguá	Pampidoláguidos
	Año 1.400 de nuestra era	10º Grandes canoeros - cazado- res - plantadores tropicales —macroetnia guaraní	Amazónidos

indígenas existentes al tiempo de la conquista. Si no se complementa lo sincrónico con lo diacrónico, la coetaneidad geográfica con la sucesión histórica, se corre el peligro de comprimir, y por lo tanto de deformar y tergiversar, el verdadero perfil de nuestra prehistoria, la cual es, por supuesto, solo un pequeño capítulo en la de América.

El cuadro que presento en estas páginas lo di a conocer en el libro del Prof. Renzo Pi Hugarte (**El Uruguay indígena**) pero ha sufrido las modificaciones impuestas por el progreso de la investigación prehistórica sudamericana y la evolución de mis ideas acerca de la prehistoria nacional.

Dicho cuadro, referido a los distintos estratos culturales del Uruguay indígena, se ordena de acuerdo a un doble criterio. En sentido horizontal se deslindan los campos de las oleadas inmigratorias, su tipología racial, su fecha probable de llegada a nuestro territorio, su modalidad arqueológica tomando como industria testigo a la cerámica y su caracterización cultural. En sentido vertical se establecen tres grandes estadios macrocontinentales (culturales paleoindias, mesoindias y neoindias), cuatro períodos industriales (referidos al epiprotolítico, epimiolítico, paraneolítico y neolítico) y ocho modalidades etnográficas distribuidas en diez estratos culturales: recolectores – paleocazadores; recolectores – ¿protoplantadores tropicales?; cazadores superiores (con puntas, con láminas foliáceas, con flechas); grandes cazadores australes; intrusión del complejo semisedentario andino – sambaquiano; intrusión del complejo osteodontomalacoquerático; pescadores – canoeros – plantadores y grandes canoeros – plantadores – cazadores tropicales. A partir del sexto estrato se ubican las parcialidades indígenas subsistentes al tiempo de la conquista.

Es muy posible que tal cuadro peque de abigarrado y reiterativo. He preferido esto a las simplificaciones pues en él recojo los múltiples criterios propuestos tanto en Norteamérica como Sudamérica para periodificar y clasificar la prehistoria continental. Cuando dicha prehistoria sea menos conjetural y mejor conocida, se abandonará definitivamente una serie de etiquetas que en vez de esclarecer oscurecen el proceso y las correlaciones continentales de las antiguas culturas americanas.

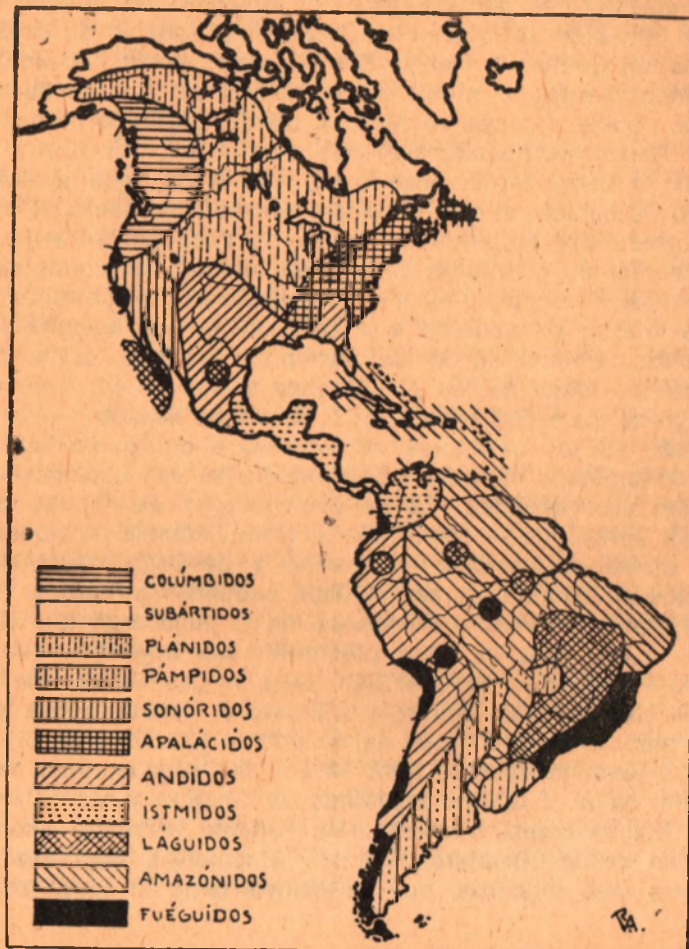
PRIMER ESTRATO CULTURAL: RECOLECTORES - PALEOCAZADORES (8.000 años a. J. C.)

Hace 40.000 años el hombre ya había penetrado en América. Fechas establecidas por los **tests** del radiocarbono 14 (que una y otra vez han sido ardientemente discutidas) señalan su presencia en Texas, en California y en la Gran Cuenca, donde han aparecido toscos instrumentos de piedra semejantes a las "hachas de mano" europeas. Luego ingresa en México, donde, según la datación del sitio de Tlapacoya, nomadiza 21.000 años a. J. C. y arriba a Venezuela por lo menos 14.000 años a. J. C. Así lo atestigua la fecha del cazadero de Muaco, al que se asocia el complejo Camare-Manzanillo, integrado por guijarros en forma de **choppers** y raederas de tipología atípica. A lo largo de la zona andina, por donde se desplazaban estos recolectores y paleocazadores del protolítico (paleolítico inferior de acuerdo a la terminología de Menghin) y del epiprotolítico (industrias de los cazadores inferiores existentes en Norteamérica luego de los 11.000 años a. J. C. y en América del Sur luego de los 9.000 años a. J. C., época de llegada a uno y otro continente de los cazadores evolucionados del paleolítico superior, (*) denominado miolítico por Menghin) se van escalonando las estaciones arqueológicas. Es así como surgen las fechas para el complejo Chivateros - Zona Roja - Chuquicamata - Oquendo - Exacto (litoral ecuatoriano - peruano y desierto atacameño de Chile) que se caracteriza por núcleos pequeños y buriles (12.000 a. J. C.); para Mal Paso y Barrancas, en la puna argentina (12.000 años a. J. C.); para la línea precordillerana argentina extendida desde la Pampa de Panacán, San Juan, a Las Salinas de Pichi-Neuquén (10 a 12.000 años a. J. C.); para el riogalleguense de Patagonia meridional y la cueva del Milodonte (10.000 años a. J. C.).

Por el camino quedan, también con fechas que rondan en los diez milenios a. J. C., las industrias de Ghatchi y Viscachani, en Chile y Bolivia respectivamente. Un llamado horizonte andino de bifaces va desde Chivateros, Perú, a Ampajango, Argentina, señalando otra área industrial que desestima tanto la lasca como el

(*) La fecha de entrada de los cazadores superiores en América del Sur se ha ampliado considerablemente. Ya hay dataciones de 16.000 años en Perú.

guijarro. En el Viejo Mundo el área de las bifaces nucleoidales era la zona de los bosques y la de lascas la de las llanuras herbosas; en América no puede generalizarse del mismo modo. Luego de este protolítico adviene el epiprotolítico —9.000 a 8.000 años a. J.C.— en el cual se hallan nuestro catalanense y el tandiliense de la pampa argentina.



Localización de las razas indígenas en América (Según Imbelloni).

Las industrias protolíticas que entre los 40.000 y 10.000 años a. J.C. se extienden desde Texas a la Patagonia, aventurándose algo en los llanos pero fundamentalmente asentadas junto a las elevaciones andinas o altipampas adyacentes, llamadas por Krieger "pre-puntas" y por Bosch-Gimpera "cultura de lascas y nódulos", parecen provenir de la zona sud-oriental del Asia, Indonesia y Oceanía donde existían instrumentos líticos semejantes. Sus portadores habrían pasado por el puente de Bering, emergido en las etapas iniciales de la glaciación de Wisconsin a raíz del descenso de los niveles marinos y a lo largo de las costas canadienses se habrían desplazado hasta la altura de Vancouver, sitio que según Bosch-Gimpera —a lo que se opone Ibarra Grasso—, sirvió de trampolín para penetrar en el interior del continente.

Esta primera oleada estaba presumiblemente integrada por fuéguidos y láguidos. Como apunta Imbelloni, las características somáticas de aquellos iniciales invasores señalan una posición de primitivismo con respecto a los posteriores conglomerados indígenas del continente al cual introducen, mediante flujos sucesivos, las más antiguas poblaciones metamórficas generadas en la zona de contacto asiococéánico. Existen dos fases: una es la australoide (fuéguidos) y otra la melanesioide (láguidos). El mérito de haberlas distinguido pertenece a Imbelloni puesto que anteriormente se las denominaba, confundiendo en una sola, ya **raza paleoamericana** (Deniker), ya **raza de Lagoa Santa** (De Quatrefages y Hansen), ya **raza laguida** (von Eikstedt.).

La diagnosis que hace el Dr. Imbelloni de los fuéguidos y láguidos señala los siguientes caracteres:

1) **Fuéguidos:** estatura baja (1.57 en el varón y 1.47 en la mujer); cráneo dolicomorfo o alargado; bóveda craneana platicéfala o baja; frente angosta; cara leptopróspica o sea no muy ancha y alargada; nariz leptorrina o angosta; órbitas de altura mediocre; paladar oblongo.

2) **Láguidos:** estatura baja (1.57 en el varón y 1.50 en la mujer); cráneo ultradolicomorfo o pronunciadamente alargado; bóveda craneana acrocéfala o elevada; frente ancha; cara camepróspica o ancha y baja; nariz camerrina o ensanchada; órbitas altas, paladar corto.

Como rasgos comunes presentan ambas razas la conformación carenada del techo del cráneo (lofoide, foxoide) y deben ser ubicadas entre los tipos más arcaicos del hombre, "acercándose por

su morfología a las formas protoides del mundo oceánico, llamadas australoides". Continúa Imbelloni: "Ambas áreas, la Láguída y la Fuéguida, muestran haber sido violentamente modificadas por el efecto dinámico de olas humanas arrolladoras, que las arrinconaron en los lugares menos accesibles o en las extremidades del contorno continental; pero la Fuéguida es todavía más segregada y desmenuzada que la Láguída, mostrando así su anterioridad cronológica".

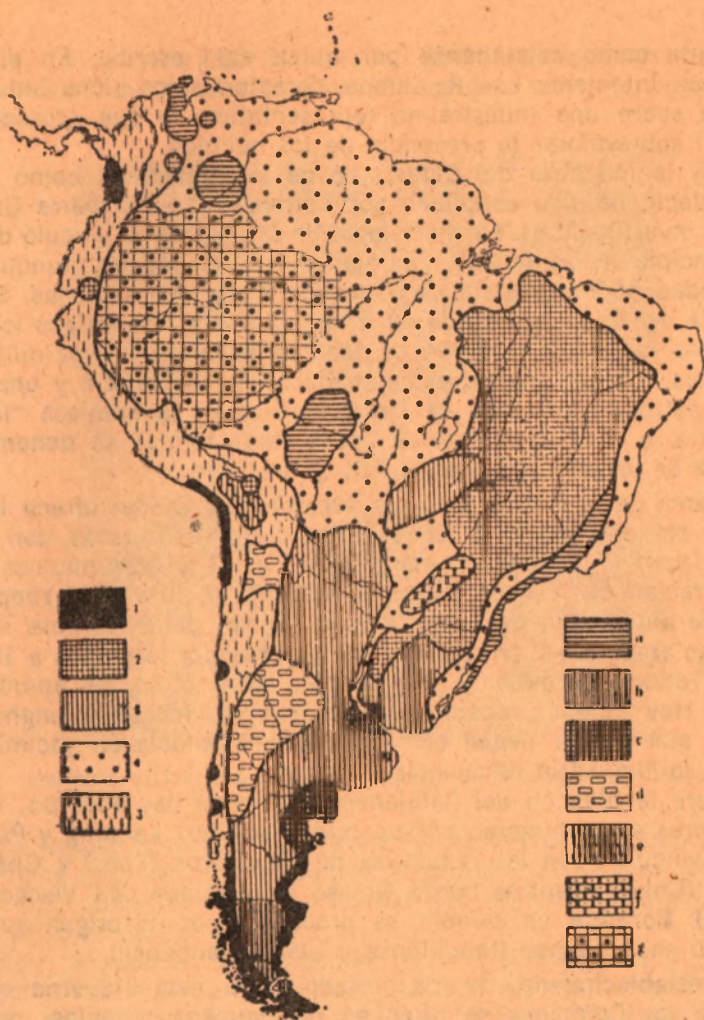
Podrían agregarse a estas caracterizaciones somáticas las culturales. Pero no es correcto suponer que la cultura material y espiritual de los láguídos actuales —los fuéguidos que sobrevivían en el estrecho de Magallanes se han extinguido en estos tres últimos decenios— sea estrictamente la misma que traían los primitivos representantes de ambas razas. Del mismo modo prefiero hablar de prefuéguidos y preláguidos puesto que los primitivos caracteres somáticos de los invasores, por razones de adaptación a los nuevos ambientes geográficos y por la incidencia de distintas dietas alimenticias, deben haber sufrido alteraciones. Antes de entrar al estudio concreto del primer estrato quiero aclarar otros términos empleados en el cuadro para facilitar su comprensión.

Precerámico, protocerámico y cerámico, paleoindio, mesoindio y neoindio son denominaciones a las cuales han recurrido los arqueólogos estadounidenses y latinoamericanos que no aceptan la antigüedad paleolítica de las culturas amerindias. En esta parte del cuadro incluyo el precerámico o arqueolítico y las culturas paleoindias, no tanto por el deseo de abundar en una sinonimia frondosa que a lo largo se convierte en despistadora, sino por la necesidad de relacionarla y orientar a los no especializados en la selva oscura de las significaciones. Empero, estas denominaciones pueden desecharse dado que me atengo a la terminología de Menghin y acepto la existencia de un paleolítico americano dividido en inferior (protolítico) y superior (miolítico).

Caractericemos ahora el primer estrato cultural, integrado por los recolectores y paleocazadores del epiprotolítico, cuyo ejemplo más relevante en nuestro territorio es la industria del catalanense.

El catalanense.

El yacimiento prehistórico del Catalán fue descubierto en 1955 por el arqueólogo uruguayo Antonio Taddei, y denominado cientí-



Regiones raciales sudamericanas y zonas de metamorfismo local
(Según Imbelloni).

- I — Regiones raciales sudamericanas.
1) Fuégidos; 2) Láguídos; 3) Pámpidos; 4) Amazónidos; 5) Andidos.
- II — Zonas de metamorfismo local.
a) Poblaciones lago-fuéguidas mestizadas, a veces mezcladas; b) Pámpidos sobre una base fuéguida; c) Pámpidos sobre una base láguída; d) Poblaciones con caracteres pámpidos atenuados; e) Andidos sobre una base láguída; f) Láguídos bajo influencia amazónida; g) Area de Amazónidos sobre un fondo láguído-fuéguído.

ficamente como **catalanense** por quien esto escribe. En el año 1958, conjuntamente con R. Campá, caracterizamos dicha industria aunque sobre una muestra no representativa, lo que provocó un error al sobrevalorar la presencia de los nódulos.

Hoy la industria del Catalán, o de los Catalanos como sería mejor decir, ha sido estudiada por Bórmida, Taddei, Ibarra Grasso y otros investigadores. La morfología de las piezas la vinculó desde un principio a las culturas paleolíticas euroasiáticas, aunque su antigüedad no tenga efectiva correspondencia con aquellas. En la comarca del Catalán, situada en el departamento de Artigas los yacimientos son riquísimos; hay centenares de miles, tal vez millones de piezas. La mayoría de éstas se hallan en superficie y una pequeña parte en terrazas. La materia prima es la arenisca "frita", vitrificada o silicificada que de todas estas formas se denomina. Se trata de un material rudo, difícil de trabajar.

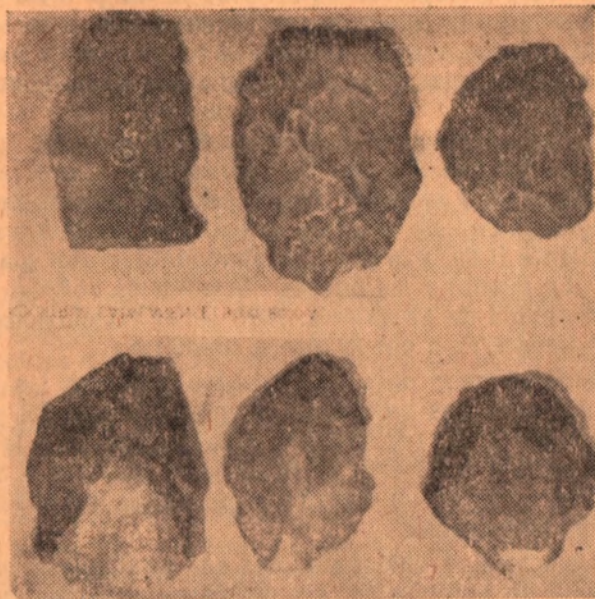
Acerca de la tipología de los yacimientos, Taddei ofrece la siguiente caracterización: el 88 % de las piezas son lascas, con talla a percusión, unifaciales y marginales;; el 11 % son núcleos con talla bifacial; el 1 % son guijarros tallados en forma de **chopper**. Sobre la antigüedad de esta industria no hay acuerdo. Para el arqueólogo argentino Ibarra Grasso se remonta por lo menos a 18.000 años. Taddei, Bórmida y Schobinger, entre otros, le adjudican 10.000. Hay quienes rebajan todavía más las fechas (Menghin) y los hay aún que la niegan como tal, considerándola un yacimiento más de la "industria lítica incipiente".

Sobre la filiación del Catalanense tampoco hay acuerdo. Ciertos autores se pronuncian por un origen andino. Lanning y Patterson lo vinculan con las industrias de Chivateros (Perú) y Chuquicamata (Chile) mientras Ibarra Grasso lo relaciona con Viscachani (Bolivia). Bórmida, en cambio, se pronuncia por un origen austral radicado en la Pampa (tandiliense y blancagrandense).

El establecimiento de los portadores de esta industria en la zona de los Catalanos se prolongó por muchos milenios; por lo menos la morfología de las piezas revela una tradición que posiblemente fuera asumida por representantes de otro tipo racial y/o cultural.

Un yacimiento semejante al Catalanense cuyas vinculaciones zonales con el del Brasil (Quaraí) y quizás el litoral argentino (Salto Grande) parecen probables, se encuentra en el Cerro de los Burros, Maldonado. Dicha industria ha sido descripta por Ugo Mene-

ghin y denominada por O. Menghin como maldonadense. Parece segura también la relación entre el catalanense y el aceguaense de Cerro Largo.



Industria Catalanense (Museo de Historia Natural, Montevideo).

La industria catalanense revela la existencia de recolectores y cazadores inferiores que habitaron largamente en la zona. La abundancia de piezas confirma un **habitat** rico en recursos alimenticios, en particular de tipo botánico.

Los raspadores, cuchillos, serruchos, perforadores y grandes tajadores confieren a este taller, situado en los terrenos donde afloran los pseudodiques de arenisca vitrificada y abundan los bloques, cantos y bochas de donde se extrajeron las piezas, un destino meramente industrial. Los grupos humanos de recolectores y paleocazadores se hallarían concentrados a orillas del Cuareim y no en el propio sitio de este inmenso almacén de piezas líticas. Eran, quizás, semisedentarios. No conocían la cerámica, ni fabricaban puntas líticas para lanzas, y mucho menos arcos y flechas o piedras de honda. Allí, arrinconados, tal vez al abrigo de los poste-

riores y bien armados cazadores superiores, pervivieron por milenios. Bórmida dice al respecto que los talleres persistieron hasta los comienzos de la era cristiana. Es de presumir que el hombre del Catalán fuera el representante racial de las primeras migraciones que penetraron en América por Bering y que, a lo largo de la costa pacífica y zona andina, llegaron hasta el extremo sur del continente, donde hay dataciones de 10.000 años de antigüedad a. J. C. (el riogalleguense).

Es con este riogalleguense, a través del tandiliense, que se emparentaría nuestro catalanense. El riogalleguense I, una industria de guijarros (**choppers y chopping tools**), sería el genitor de las escasísimas muestras de este tipo que se hallan en el Catalán, mientras el riogalleguense II daría origen a la abundante morfología de lascas unifaciales. En cuanto a las bifaces nucleoidales podrían derivar de la tradición andina de Chivateros. Pero sacar conclusiones de este tipo parece temerario, o por lo menos prematuro.

De cualquier modo en el catalanense aparecen las tres tradiciones de las industrias protolíticas y epiprotolíticas del postglacial que caracterizan a los recolectores y paleocazadores: la de guijarros, la de lascas y la de bifaces. Posteriores tradiciones de cazadores superiores agregan, en estratos arqueológicos más recientes, algunas puntas lanceoladas.

Los recolectores y paleocazadores del catalanense practicaban una economía de apropiación, sin desplazarse mucho de un área seguramente bien dotada en flora y fauna. Como ya dije las márgenes del Cuareim sería el lugar de resistencia mientras en el Catalán se hallaban los talleres. Es de presumir, por comparación etnológica, que las mujeres, niños y viejos se dedicaban a la recolección, a la pesca, a las tareas del campamento al aire libre. El reino animal brindaba a los recolectores huevos de aves, larvas, insectos, gusanos, pájaros y reptiles pequeños de fácil aprehensión, moluscos y crustáceos de agua dulce, miel y huevos de insectos; el reino vegetal proporcionaba semillas, raíces, tubérculos y bulbos que eran desenterrados con palos aguzados, tiernos retoños, hijas comestibles, frutos, bayas, nueces, cambium (tejido vegetal en formación), hierbas, médulas, hongos y cortezas arbóreas.

La recolección (**cueillette, ramassage, raccolta, food gathering, Sammelwirtschaft**), etnográficamente considerada, es la apropiación manual o mediante instrumentos muy simples de las sustancias comestibles brindadas al hombre por la naturaleza orgánica. Se prac-

tica fundamentalmente sobre el reino vegetal y, en forma más restringida, sobre el animal.

Existen modalidades puras y mixtas de recolección. Las modalidades puras se ejercen sobre los productos naturales inertes: apropiación de vegetales, junta de huevos, extracción de miel, y las mixtas agregan a aquellas la fauna que posee un radio de desplazamiento limitado con respecto a las posibilidades de locomoción humana, amén una indefensión apreciable.

Dichas modalidades mixtas, las que sin duda practicó el habitante primitivo del Catalán, están combinadas con la pesca y la caza menores. Estas son la pesca-recolección costanera (valvas, cangrejos) y la caza-recolección de pequeños invertebrados terrestres (larvas, insectos, gusanos, caracoles o crías inermes de los vertebrados sorprendidos en nidos, cuevas y madrigueras). Deben incluirse en la caza-recolección aquellos animales como las ranas y otros pequeños reptiles que pueden ser atrapados sin hacer mayor empleo de la destreza física o la sagacidad mental.

La recolección, en ambas modalidades, se realiza a mano, con palos aguzados, piedras afiladas y, en las orillas de los ríos, con grandes valvas de moluscos. En cambio, la práctica de la caza inferior, efectuada por los hombres aptos —cazadores experimentados, ojeadores veteranos, ayudantes bisonos— se cumple mediante el empleo de azagayas fabricadas en base a palos desbaratados con instrumentos petreos y afinados en su extremo, el cual se endurecía mediante el pasaje del fuego al agua y viceversa. Se emplearían también garrotes de madera nudosa (la flora de la región de los Catalanes siempre proporcionó árboles de madera pesada e incorruptible), mazas arrojadizas, proyectiles de piedra impulsados por la mera fuerza muscular y huesos largos (fémures) o cortos (qui-jas dentadas) de la fauna mayor. El uso de trampas muy sencillas también se incluye en esta categoría.

Los recolectores - paleocazadores del Catalán efectuaban los trabajos en la madera o en el cuero y el trozamiento de las presas con la ergología pétrea que hoy subsiste en los enormes talleres dispersos en la zona de los arroyos Catalán Grande, Catalán Chico y Catalancito: raederas de todo tipo; raspadores apicales, laterales, compuestos y carenados; perforadores; algunos buriles; macizos y pesados tajadores; raspadores, muescas y, en escasa proporción, láminas y cuchillos.



Industria del Cerro de los Burros o Maldonadense
(Museo de Historia Natural, Montevideo).



Industria aceguaense (Museo de Historia Natural, Montevideo).

SEGUNDO ESTRATO CULTURAL: CAZADORES SUPERIORES - ESTEPARIOS CON PUNTAS (7.000 años a. J. C.)

El ingreso de los cazadores superiores según Bosch - Gimpera se operó en América del Norte hacia los 15.000 años a. J. C. (hay quienes elevan esta fecha, con buenas razones, a más de 20.000 años) y ya por los 9.300 a. J. C. estaban en el límite austral del estrecho de Magallanes.

Estos cazadores, que no tenían todavía flechas, cobraban sus grandes presas —mamuts, mastodontes, bisontes, caballos, guanacos— con dardos impulsados por la fuerza del brazo o por el multiplicador de la estólica (lanzadardos o propulsor). Dichos dardos, en una primera etapa, estaban rematados por puntas (en especial las de tipo Sandía, las Clovis con una sola acanaladura lateral que llegaba hasta la mitad del cuerpo lítico, o las Scottbluff en "fish-tail" o "cola de pescado"). Más tarde se produce una invasión de otros tipos de proyectiles líticos: son los que forman el extensísimo horizonte de láminas foliáceas (hojas en forma de sauce o de laurel), sin acanaladura, generalmente de trabajo bifacial efectuado a percusión delicada y por presión.

Así como los introductores de las culturas protolíticas y epiprotolíticas eran prefuéguidos y preláguidos, razas cuya diagnosis se hizo en páginas anteriores, los cazadores esteparios del miolítico y epimiolítico armados de dardos eran presumiblemente prepámpidos y pertenecían a la segunda gran corriente de población. Antes de la misma penetraron, quizás, los últimos preláguidos portadores del hacha de mano miolítica que estudiaremos al analizar el tercer estrato cultural de nuestro país, que a results del desfasamiento espacial, no coincide necesariamente con el pulso cronológico de las migraciones intercontinentales.

Los cazadores superiores —yo prefiero llamarles esteparios y reservar la denominación de superiores propiamente dichos o grandes cazadores a los que sumaban la flecha a su repertorio ofensivo de lanzas no arrojadizas y dardos arrojadizos— son nómadas, se desplazan a gran velocidad tras de las manadas y tienen una concepción de las relaciones hombre - naturaleza distinta a la de los recolectores y paleocazadores semisedentarios.

Los prepámpidos que ingresan hace más de 20.000 años a. J.C. a lo que para ellos no eran un "nuevo mundo" sino continuación de su arduo cazadero euroasiático tienen especiales caracteres étnicos. Según Imbelloni esta segunda corriente de población, también dotada de una cultura primitiva, dejó huellas más profundas que los prefuégidos y prelágidos de la primera corriente, ocupando los vacíos humanos de Norteamérica, salvo la región costanera del Pacífico. Su destino en Sudamérica fue distinto: después de haber rechazado a los representantes de la primera corriente hasta arrinconarlos en los rebordes continentales o en bolsones mediterráneos, fue a su vez arrojada por migraciones posteriores a la cuenca del Amazonas, donde ha dejado restos. Se mantuvo, empero, en el cono austral de nuestro continente donde alcanzó un apogeo temible y donde todavía penan sus sobrevivientes, diezmados por la Guerra del Desierto del siglo XIX y la miseria, la enfermedad y el subdesarrollo de la degradación contemporánea. Los primitivos prepámpidos, afectados por las divergencias provocadas por hibridismos regionales o locales, dieron lugar a los contingentes básicos de los plánidos norteamericanos y los pámpidos sudamericanos. Los prepámpidos eran también de cabeza alargada, pero menos intensamente dolicomorfos que los integrantes de la primera oleada. Tenían elevada estatura, cara grande y nariz alargada, a menudo aguileña. En su hogar originario del Viejo Mundo deben haber predominado, según Biasutti, los elementos pre-mongoloides de la cepa mongoloide.

En América este contingente ha conservado mejor que en Asia los caracteres de cazadores nómadas y en su repertorio cultural figuran los siguientes rasgos: armas especiales para golpear y arrojar, clavas bumerangoides, corazas torácicas y fajas abdominales de corteza o de cuero, propulsores para dardos, escudo simple, cestería en espiral, ausencia de cerámica que luego se adquiere por aculturación aunque nunca logra dominar sus técnicas —cacharrería tosca—, carencia de hamacas, existencia de organizaciones sociales patrilineales que perviven bajo el barniz de instituciones superpuestas de tipo femenino, ritos astrológicos y solares, pintura rupestre de manos y signos escalonados, totemismo, exogamia y uso de palos bramadores. Estos rasgos originales fueron, a lo largo de los milenios bastardeados por el impacto de las oleadas preamazónicas y preándidoistmida, tercera y cuarta respectivamente.

Los cazadores esteparios dejaron en el Uruguay un legado arqueológicamente **discreto**, o sea disperso en distintos sitios, en los cuales registra piezas aisladas. En cambio el catalanense forma un legado arqueológico **concreto** por hallarse concentrado en un sitio con gran abundancia de piezas (concreción focal); del mismo modo el de los grandes cazadores australes (macroetnia charrúa) es también concreto porque se dispersa parejamente en todo el sur del país (concreción areal).

Los pocos indicios registrados en nuestro territorio del paso de los cazadores esteparios armados de puntas líticas se debe a la ignorancia que la mayoría de los arqueólogos nacionales —salvo contadas y honrosas excepciones— tiene de las industrias epimiolíticas, dado que toda la herencia arqueológica uruguaya se atribuye genéricamente a las tribus halladas durante la conquista. El grueso de los mal llamados arqueólogos de campo y sí entusiastas coleccionistas, ha practicado una especie de filibusterismo al levantar la bandera pirata de sus excursiones, generalmente colectivas y bullangueras, sobre yacimientos “privados”, cuya existencia se oculta para meterles pico y pala a mansalva. Y es así como no se efectúan cortes estratigráficos y se extraen en cambio las piezas más espectaculares sin relacionarlas con las ergologías modestas —pero a veces significativas— que las acompañaban. El capítulo lastimoso del saqueo del acervo arqueológico nacional no puede ser tratado en este lugar pero es imprescindible señalar como nefastas las prácticas de aficionados que poco o nada saben de prehistoria, pero esconden con clandestino deleite el sitio de los talleres indígenas a los que escarban, valgan el mal término y la mala comparación, como las gallinas, y amontonan luego las piezas en museos particulares donde lo pretendidamente estético o curioso sustituye lo científico: en vez de atender criterios tipológicos elementales se pone en un lugar visible lo “lindo” y se encajona lo “feo”. Pero dejemos el antipático capítulo de la denuncia para volver al tema específico.

Recapitulando, puede afirmarse que los cazadores esteparios ingresaron al Nuevo Mundo hace lo menos 15.000 años a. J. C. si se aceptan las fechas más prudentes, aunque hoy existen muchos argumentos para llegar a por lo menos 23.000 años. Estos contingentes humanos de la segunda oleada integrada por prepámpidos venían tras las manadas de mamuts que apacentaban en las tundras y estepas del sur de Siberia. Los vestigios dejados por ellos

en el Viejo Mundo señalan un doble camino que orillando el río Amur o atravesando Mongolia y Manchuria llegaba al litoral pacífico, el cual fue remontado siguiendo el rumbo de las montañas siberianas, por el corredor que transcurre entre éstas y el mar. Los cazadores esteparios tomaron el rumbo de las manadas de mamut y penetraron en América cruzando el puente de Bering y en vez de seguir el derrotero de la costa de Alaska, cuajada de islas y acuchillada por los fiordos, se dirigieron contorneando el norte de aquella península hasta el río Mackenzie y bajaron hacia el sur por las mesetas adosadas a las montañas Rocallosas.

Hay fechas reales y presuntas de su paso. Las puntas de tipo Sandía, una cueva situada al este de los EE.UU., en Nuevo México, cuyo primer estrato fue datado por Hibben, su descubridor, en 20.000 años a. J.C. (lo que indicaría que la entrada a América fue en el interestadial Peoria y no en el interestadial Brady como acepta Bosch-Gimpera) son los indicios más antiguos de estos cazadores esteparios emparentados con los portadores de las industrias gravetienses de Europa occidental que emigraron a Siberia y América. No obstante las fechas de Tlapacoya, México, 21.000 a. J.C. y Perú, 16.000 a. J.C. hacen saltar todos los esquemas y obligan a replantear las preguntas acerca de quienes entraron en América del Sur primeramente: si los cazadores inferiores o si la prelación corresponde, como parecería, a los cazadores superiores.

Mucho más abundantes y concretas son las huellas dejadas por el Complejo Llano Estacado (Texas y Nuevo México, EE.UU.) que revelan la presencia de cazadores de mamut y cuyos tipos representativos son las puntas halladas en las cercanías de la localidad de Clovis, cuya antigüedad oscila entre 14.000 y 15.000 años a. J.C.

Este tipo de puntas se difunde ampliamente por los EE.UU., penetra en México, deja perceptibles rastros en Guatemala, Costa Rica y Panamá, se le detecta en el yacimiento de El Inga, en los alrededores de Quito, Ecuador, y hacia los 9.300 a. J.C., según los últimos cálculos del radiocarbono 14, ya están en la cueva de Fell, Patagonia.

Mientras las puntas Clovis, en manos de portadores que debían adaptarlas a las nuevas faunas que hallaban a su paso, descendían rápidamente al embudo meridional de Sudamérica, en los EE.UU. la progresiva extinción del mamut y la presencia predominante del bisonte provoca una industria de indudables características continentales.

Surge así el famoso horizonte folsomoide o de puntas Folsom (Nuevo México), con acanaladuras en ambas caras de la base al vértice —las Clovis tenían una sola y hasta la mitad del cuerpo—, cortas y anchas. Otros complejos, como el Yuma, Plainview, Midland, Reserve, Scottbluff (en “cola de pescado”) pertenecen también a este período.



Típicas puntas “cola de pescado” de la Cueva de Fell, Patagonia chilena (según Emperaire, Laming y Reicklen).

En cuanto al tema que interesa, es decir, la difusión de las puntas en el continente sudamericano y el Uruguay, debe señalarse que su tránsito hacia la zona austral fue muy rápido. Por los escasos desprendimientos realizados en el camino los fabricantes de puntas tipo Clovis dejaron claras huellas en El Inga, el ya nombrado sitio de Ecuador, donde conjuntamente con las toscas puntas acanaladas aparecen las de “cola de pescado” halladas también en Fell y Palli Aike, Patagonia meridional. Los rastros son menos abundantes pero evidentes en el noreste del Brasil, Uruguay y sur de Neuquén, Argentina. En nuestro territorio existen industrias de tal tipo en el este (puntas de Valizas, Rocha) y en el Departamento de Flores se descubrió una típica punta “cola de pescado” fabricada en calcedonia, lo que autoriza a afirmar que los cazadores esteparios —hay otras pruebas aún— nomadizaron en el Uruguay.

El citado hecho, sumado a la antigüedad de la industria catalanense, tal vez la inicial en nuestro territorio, obliga a proponer en términos de profundidad temporal la considerable antigüedad de la prehistoria uruguaya. Una serie de argumentos complementarios a las pruebas arqueológicas hace pensar que no hubo hiatos o vacíos en el proceso cultural que va del epipaleolítico al neolítico.

Un argumento geoclimático inicial, basado en los datos de la paleoclimatología señala que entre los 9.000 y 7.000 años a. J.C. el clima en la región rioplatense era fresco, húmedo, y que después de un período de alguna sequedad volvió a ser húmedo. Es decir, que en nuestro territorio había praderas en el sur mientras la parte media tenía un paisaje de parque y por el actual límite con el Brasil se extendía el bosque tropical. Las antiguas llanuras y penillanuras empastadas eran regiones ideales para recibir a los cazadores esteparios, dedicados a la matanza de mamíferos y grandes aves. El ñandú, por ejemplo, abundaba en la época de la conquista, y Lopes de Sousa, en 1531, escribía: "En tierra había muchos venados y caza, que tomábamos, y huevos de avestruz y avestruces pequeñitos que eran muy sabrosos".

Una segunda razón, de orden topográfico, muestra, ayer como hoy, un relieve senil, de suaves penillanuras y llanuras, accesible al paso de la fauna y los hombres que perseguían las especies alimenticias de aquella.

Y la tercera es de carácter histórico: el deambular de los pueblos amerindios, asomados hace por lo menos 8.000 años a. J.C. a los paleopaisajes uruguayos, no pudo haber tenido soluciones de continuidad. Nuestro territorio fue siempre una suerte de epicentro y nunca una aureola marginal para los contingentes humanos que realizaban su peregrinación continental tras las fuentes alimenticias semovientes. Todos estos argumentos, empero, con ser atendibles, ceden ante los hechos arqueológicos: si en el Uruguay existen industrias de los cazadores esteparios semejantes a las de los otros puntos del continente ello significa que su presencia en nuestro territorio fue segura.

Los yacimientos de América meridional que realmente importan, por las conexiones que tienen con la prehistoria uruguaya, son los de Los Toldos, Fell y Palli Aike, situados, como se dijo, en la Patagonia. Dichos yacimientos pueden contestar algunas preguntas sobre los viejos cazadores esteparios aunque queden sin respuesta las que interrogan acerca de las estaciones intermedias de los por-

tadores de puntas semejantes a las Sandía, existentes en los niveles superiores del Catalán, en algunos sitios del este uruguayo y en la colección Gallinal, que duerme un pesado y ominoso sueño en los sótanos del Museo Nacional. Hay también antecedentes arqueológicos en el nivel II de Viscachani, Bolivia y en San Juan, Argentina, pero fuera de estos indicios la sombra cubre las pretéritas rutas de acceso de la tradición sandioide a nuestro territorio.

El yacimiento de la estancia Los Toldos, Patagonia argentina, registra numerosas puntas asociadas con boleadoras (una sola) y pinturas rupestres de manos. Dicho toldense, representado por puntas pedunculadas, sin aletas y talladas bifacialmente, un cuchillo fino de trabajo bifacial, amén de la solitaria boleadora antedicha y los negativos de manos pintados en las paredes y techos de las cuevas 2 y 3 de la estancia Los Toldos, tiene en su nivel más bajo unos 9.000 años a. J. C. Posteriores en más de un milenio parecían ser las industrias de las cuevas de Fell y Palli Aike, pero las nuevas fechas radiocarbónicas han provocado una revolución pues en Fell el **test** arrojó la sorprendente antigüedad de 9.300 años a. J. C.

El tosco repertorio aquí hallado se atribuyó a una degradación provocada por la dureza del clima y la marginalización social, pero ahora debe pensarse en otras razones. El instrumental descubierto en las tales cuevas magallánicas comprende puntas con pedúnculo (¿descendientes de las Scottbluff en "cola de pescado"?), muelas para colores, una punta acanalada de tipo Clovis y curiosos indicios acerca de la incineración de los difuntos.

El material legado por los habitantes primitivos —e iniciales— del sur de la Patagonia revela que eran cazadores esteparios de guanacos y caballos (el caballo originario de nuestro continente, se extinguió en América hace unos 4.000 años a. J. C.). Según Lanning, quien procura relacionar la menor antigüedad de El Inga, el yacimiento del Ecuador, al que conceptúa un centro secundario, con la mayor antigüedad del toldense, la migración norte-sur de los cazadores esteparios sin flechas siguió la vía de la costa atlántica. Ello equivale a suponer la ausencia de la selva brasileña, existente a partir de los 20.000 años a. J. C., cuyo ambiente ecológico y su fauna no podrían jamás constituir una atracción para los especializados cazadores esteparios. Supone además, y esto es muy importante para nuestro caso, que las puntas halladas en el nordeste del Brasil y en el Uruguay, sin duda pertenecientes a indus-

trias epimiolíticas, son anteriores a los 9.000 a. J.C. Aceptar tal cosa significaría admitir que pasaron por nuestro país antes que se asentaran en él los recolectores-paleocazadores del Catalán, salvo que el Catalán sea —como más de uno sostiene— considerablemente más antiguo. No obstante, puede ofrecerse otra explicación: los cazadores de équidos y auquénidos (guanacos, llamas, alpacas, vicuñas) que habían sustituido las puntas con acanaladuras para cazar proboscideos por las de ancho pedúnculo descendieron desde el norte siguiendo la línea de estepas adosadas a los Andes, frecuentaron los callejones y hoyas, y, desde el trampolín de la Patagonia —la “última Thule” austral— saltaron de nuevo hacia el noreste, pasando por el territorio uruguayo. Las puntas del noreste del Brasil, empero, son muy difíciles de explicar, pues la presencia de la selva que llegaba hasta el litoral atlántico, aniquila todas las hipótesis, salvo la de un camino que, iniciado en el macizo guayánico, pasara a lo largo de las sabanas y campos abiertos de la región.

La anterior explicación de Lanning resulta además controvertida por otro descubrimiento reciente. Se trata de los cazadores de Tagua-Tagua, Chile, localizados por Julio Montané, cuyo gran matadero o playa de destazamiento de caballos y mastodontes, que no ha revelado la presencia de puntas, aunque sí de huesos trabajados —¿otro barranco de la Solutré, ojeos precursores de las técnicas del **chaco**, empleo de trampas?—, se remonta a los 9.400 años a. J.C. Pero a esta complicación se le suma otra, anteriormente advertida. Las fechas que utiliza Bird en su monografía de 1969 sobre las puntas “colas de pescado” hacen descender en 1.000 años las anteriores y de esto resulta que los prepámpidos ya estaban en la cueva de Fell 9.300 años a. J.C. La fecha de Los Toldos, como se recordará, es de 9.000 años a. J.C. Barajando todas estas dataciones en conjunto es lícito suponer que los cazadores esteparios descendieron velocísimamente a lo largo de los Andes, apremiando a sus presas de rápido desplazamiento y que, desde el fondo magallánico de la Patagonia, rebotaron formando dos corrientes: una retornó por el mismo camino detrás de las manadas en su nueva huida, pero esta vez hacia el norte, hasta El Inga, Ecuador (7.200 a. J. C.) y la otra, pasando a nuestro territorio unos 7.000 años a. J.C. Pese a este vertiginoso ir y venir de las conjeturas es imprescindible abstenerse de juicios lapidarios. Debemos saber esperar. Las fechas del radiocarbono 14

son indicadores enumerativos pero no taxativos. En el supuesto caso de una absoluta infalibilidad —cuestionada por los que se sienten lesionados en más o en menos milenios por su dictamen— es menester fechar todavía múltiples testimonios aún no detectados para tener un mapa verosímil de las migraciones de los paleoindios.

Pero los nómadas cazadores que utilizaban venablos armados con puntas dejaron en el territorio uruguayo, paralelamente a sus utilitarias industrias, otras huellas de su paso.

EL ARTE RUPESTRE DE LOS CAZADORES ESTEPARIOS EN EL URUGUAY

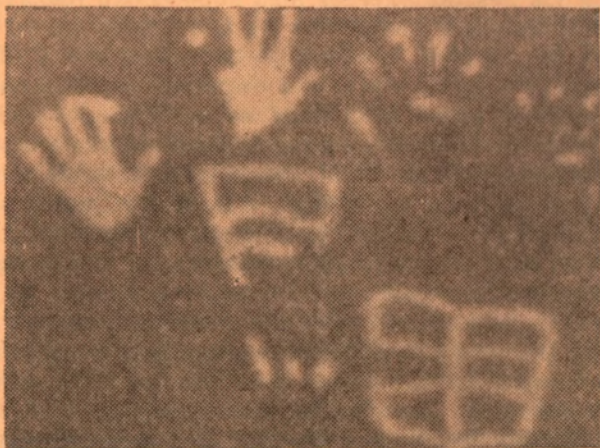
Una de los descubrimientos más importantes realizados en las cuevas de la estancia patagónica de Los Toldos fue el de manos pintadas en las paredes, cuya antigüedad remonta a 9.000 años a. J.C. La técnica seguida era la del negativo, es decir que apoyada la palma sobre la pared se pintaba en su alrededor, destacándose entonces sobre el fondo de piedra el diseño de la mano humana, generalmente la izquierda. El Dr. Menghin, descubridor de este arte, establece que de todos los estilos de pintura rupestre patagónicos —cuya clasificación efectúa— el de negativo de manos es el más antiguo. A su vez, en las representaciones de manos hay una secuencia cronológica, según sean los colores empleados. Por orden de antigüedad primero aparecen las manos destacadas con color rojo y luego se suceden los colores negro, amarillo y blanco.

En la Europa paleolítica (en su etapa miolítica) aparecen manos en las cuevas de Castillo, Santander, España y en las de Gargas, Pech-Merle y Bédeilhac. En esta última las manos se representan en “positivos”. También hay representaciones de manos en Oceanía. El simbolismo de tales pictografías rupestres se desconoce. Magia de la caza, ritos de iniciación u otras motivaciones —y nunca el azar o el mero gusto estético— deben haber originado, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, dichos motivos culturales.

El estilo de manos tiene pocas expresiones en América. En Norteamérica los cazadores del complejo Llano Estacado no han

dejado —o no se han hallado aún— testimonios semejantes. En Sudamérica existen solamente, además del caso epónimo del tol-dense, en Coyaike, Chile austral, Mojocoya, Bolivia, y Departamento de Flores, Uruguay.

Las manos pintadas con que cuenta nuestro arte rupestre se hallan en una de las “piedras pintadas” del arroyo Chamangá, en el Departamento de Flores, sitio en el cual se descubriera, como antes se dijo, una típica punta de “cola de pescado”. No debe descartarse que estas manos sean posteriores al período de este segundo estrato. Es muy posible también que le pertenezcan. De todos modos son manifestaciones ligadas a la tradición de los cazadores superiores. Atribuirles al socorrido comodín de los charrúas, grandes cazadores australes, sería aventurado, pues se habrían hallado muchos otros indicios semejantes. De cualquier manera su existencia, no en la lobreguez iniciática y ritual de una cueva, sino casi al aire libre, en un abrigo, revela una ubicación no ortodoxa.



Huellas de manos y corazas pectorales (¿?) del arroyo Chamangá, Flores.

No obstante, habría que emprender una búsqueda con mayor atención y técnicas científicas en nuestras grutas, deterioradas por la humedad y ensuciadas por las deyecciones de los murciélagos. Otras manifestaciones del arte rupestre, a las que se pasará luego revista deben ser relacionadas con los cazadores de época más tardía.

TERCER ESTRATO CULTURAL: RECOLECTORES - ¿PALEOPLANTADORES TROPICALES? (6.000 años a. de J.C.)

Aunque parezca sorpresivo para quienes no están al tanto de las teorías arqueológicas contemporáneas, puede suponerse que 6.000 años a. J.C. haya existido una tradición de plantadores tropicales asentada en nuestro territorio.

El Dr. Menghin, con atendibles argumentos, ha insistido una y otra vez en la presencia de una agricultura tropical americana, independiente del centro andino del maíz, y notoriamente anterior a éste, relacionada con la industria de las hachas de mano.

Para encuadrar estas ideas es necesario hacer algunas aclaraciones previas. El paleolítico tiene en el Viejo Mundo, como ya se expresó, dos tradiciones maduras, dejando de lado la inicial industria del hueso y los guijarros. Una es la de lascas desprendidas por percusión del núcleo, que origina una industria de láminas; otra es la de núcleos desbastados que da lugar a una industria de bifaces regulares o de hachas de mano más pesadas y toscas. La industria de láminas predomina en la zona de herbazales; la del hacha de mano, en la zona de bosques. Ello no significa que se excluyan pero los acentos están subrayados por los respectivos ambientes ecológicos: en uno tiene lugar la caza; en otro, la recolección y el abastecimiento vegetal.

La tradición del hueso y los guijarros trabajados como **choppers** o **chopping-tools** —según se les golpee y desbaste en uno o dos lados opuestos de uno de sus extremos, dejando el otro como “talón”— propia del protolítico temprano, está presente en el Viejo y en el Nuevo Mundo, pero ha sido tratada al estudiar el primer estrato. Lo que interesa ahora, empero, son las industrias de láminas y de núcleos. La presencia de las hachas de mano en América da origen, según la terminología de Menghin, a la tradición cochi-soide (de Cochise, un sitio de Arizona, EE.UU.) y la de las láminas, a la tradición folsomoide (de Folsom, un lugar de Nuevo México, EE.UU.). De acuerdo a la hipótesis de trabajo ya enunciada, debemos atribuir a los portadores del hacha de mano la calidad racial de prelápidos y a los portadores de las láminas la calidad racial de prepápidos.

Estamos, ya, en los umbrales del miolítico y debe por lo tanto fijarse la entrada de los portadores del hacha de mano al Nuevo Mundo. Ello ha debido suceder durante la retirada de los hielos operada entre los avances glaciales de Tazewell II y Cary, en el interestadial Brady, unos 14.000 años a. J. C.

Unos milenios más tarde surgía en los EE.UU. la cultura Cochise, cuya etapa más antigua, la de Sulphur Spring, estimada en una antigüedad de 10.000 a. J. C. y por lo tanto contemporánea a la del complejo de las puntas Folsom, acaba de ser abatida, en virtud de las dataciones del radiocarbono 14, a 5.700 años. Es necesario hacer esta aclaración pues la hipótesis de Menghin funcionaba satisfactoriamente con la primera fecha pero naufraga con la segunda, sin duda definitiva. Sin embargo, seguiremos hasta el fin el hilo conjetural que guía los razonamientos de Menghin. Este califica a la primera etapa de Sulphur Spring como exponente de un miolítico de hachas de mano "algo degenerado" mientras que la segunda etapa, la de Chiricahua, tiene caracteres decididamente epimiolíticos y "manifiesta un aumento de las características que asignan la cultura de Cochise a un complejo plantador con hachas de mano". El camino hacia Sudamérica de estos recolectores-plantadores habría tenido estaciones en Cerro Pedernal, Nuevo México, EE.UU. (cultura de los Encinos); en Abilene, Texas, donde aparecen hachas de mano triangulares; en la cueva de Pinto, California, etc. En su marcha hacia el sur habrían implantado la industria de Chalco, México, que Helmut de Terra relaciona con la de Chiricahua y Pinto, considerándola iniciada hace 8.000 años a. J. C. Las pistas de esta cultura reaparecen en las zonas tropicales de Sudamérica.

Las exploraciones arqueológicas de Kunert, en Río Grande del Sur, Brasil, y Mayntzhusen, en el Paraguay meridional, revelan la existencia de una cultura que posteriormente estudió Menghin y denominó altoparanaense. Acerca de sus caracteres y derivaciones dice Menghin:

"Llaman la atención los derivados del hacha de mano en forma de azadas y azadones que posiblemente hayan servido para labranza. Hasta la fecha viven, especialmente en el sur-este del Brasil, aborígenes que pueden clasificarse como cazadores-plantadores, o sea tribus que se sustentan principalmente de la caza, pero que también se dedican al cultivo, ante todo de tubérculos (mandioca) y con métodos que comprueban el carácter primitivo e independiente de su agricultura. El estilo de cultivo de esos pueblos no puede ser un préstamo de los plantadores superiores de tipo amazónico. Los indígenas aludidos son los ge, gran grupo

étnico que habita el planalto brasileño y las orillas del alto Paraná desde tiempos remotos. Es muy posible que el Altoparanaense represente el patrimonio arqueológico de los antepasados más antiguos de los ge. Morfológicamente representa esta cultura un paleolítico de hachas de mano que sin embargo no pertenece al protolítico (o paleolítico inferior) como el chelense o el acheulense, sino al miolítico (o paleolítico superior) [...]'.

Menghin atribuye a esta cultura una edad de 8.000 a 9.000 años a. J.C., antigüedad que Ibarra Grasso considera escasa al par que niega la calidad de azadas a los objetos líticos interpretados como tales por Menghin.

Bosch-Gimpera, en cambio, se pliega a la tesis que ubica a la industria de hachas de mano en el mesolítico (7.000 a 6.000 años a. J.C.) y la explica por razones de adaptación a un nuevo dintorno geográfico. En efecto, cambios climáticos operados en aquellos remotos tiempos habrían provocado la decadencia de la caza y el surgimiento de la recolección en Cochise (EE.UU.), en el complejo Peralta, Sonora, y horizontes Nogales e Infiernillo, Tamaulipas (México). Es decir, que considera la industria de láminas, traída por los cazadores superiores, anterior y no contemporánea a la de hachas de mano. Esto significa que mientras una rama de los cazadores esteparios proseguía sus géneros de vida en las llanuras empastadas, otra, en zonas más áridas, sustituía su instrumental lítico de láminas por uno más apto para la recolección y la protoplantación sobreviviente.

La agricultura del Nuevo Mundo habría sido, en consecuencia, una invención independiente y no el producto de la difusión como sostiene la tesis de Menghin, afiliada a una escuela europea que otorga muy poca inventiva a los aborígenes de América y atribuye el surgimiento de las culturas inferiores a las inmigraciones del protolítico y el miolítico y los fermentos de las culturas superiores a los contactos transpacíficos operados en la zona que va desde Mesoamérica, el primer lugar de desembarco, al Perú.

EL CUAREIMENSE

La presencia de los portadores del hacha de mano ha sido confirmada en nuestro territorio posteriormente al descubrimiento del catalanense. En efecto, en las márgenes del río Cuareim se halla-

ron piezas que fueron diferenciadas y descritas por Bórmida de la siguiente manera:

"La materia prima del Cuareimense fueron nódulos o guijarros de metacuarcita, recogidos en las inmediaciones del río. Un número más reducido de artefactos fue elaborado a partir de guijarros o nódulos de basalto, roca mucho más abundante que la primera, pero mucho menos apta para el trabajo de talla. Los nódulos y guijarros tuvieron dos diferentes destinos; o bien fueron tallados directamente en instrumentos o, a partir de ellos, se obtuvieron grandes y espesas lascas, sometidas luego a un trabajo secundario".

La tipología de dicha industria, hallada conjuntamente con la del Catalán y en un principio confundida con ella, ofrece un vasto repertorio de azuelas y picos de gran tamaño, raspadores rectangulares, cepillos, grandes puntas apicales, pesadas lascas de filo mellado y grandes bifaces elípticos.

La dispersión del Cuareimense es restringida: sólo se le detecta en las capas sedimentarias de las terrazas fluviales del río Cuareim. Los portadores de la industria cuareimense se establecieron en la zona, de acuerdo a las deducciones de Bórmida, 6.000 años a. J. C. Vivieron allí unos dos milenios y luego desaparecieron.

Los catalaneses, en un principio desplazados de las márgenes del Cuareim, retornaron a ellas una vez extinguidos o emigrados los cuareimenses.

Bórmida, el descubridor científico de esta paleocultura, supone que los cuareimenses eran recolectores y "agricultores primitivos". Es preferible sustituir este término por el de protoplantadores tropicales, pues la agricultura supone técnicas mucho más avanzadas. De cualquier modo, resulta clara la vinculación del cuareimense con el altoparanaense, originado en el planalto sudoriental del Brasil, desde donde se extendió a Misiones, sur del Paraguay, sambaquis del Atlántico, márgenes del Cuareim y posiblemente hasta la zona pampeano-patagónica.

Si se acepta que los portadores del cuareimense eran recolectores de los bosques y paleoplantadores (mediante la práctica previa de la **roza** o quema de árboles) debe aceptarse también que hubo una tradición agrícola independiente en las zonas tropicales de América. En efecto, las más lejanas fechas para América del Sur, que han sido establecidas mediante el radiocarbono 14, surgen en la zona andina, lugar de asentamiento de las altas culturas sierrales. En Huaca Prieta, Nazca, Paracas, Chilca y otros sitios

peruanos los indicios de una paleoagricultura incipiente sin maíz van más allá de los 7.000 años a. J.C. Testimonios arqueológicos y paleobotánicos confirman que en el año 3.000 a. J.C. existía efectivamente la agricultura con maíz en la región. Los 6.000 años a. J.C. de los cuareimenses obligan a suponer que hubo una tradición agrícola independiente de la andina —que gira en derredor del maíz—, venida por las zonas boscosas —se ha descubierto recientemente en Yucatán, México, otro sitio vinculado con la tradición cochisoide—, o a postular que los instrumentos considerados como azadas y picos sólo servían para la recolección y la extracción del cambium arbóreo y que, en consecuencia, no existió jamás ninguna protoagricultura tropical.

La primera posición es la sostenida por Menghin, que vincula a los melanesoides surasiáticos con los láguídos americanos y la protoagricultura de Indochina —patria del algodón— con la proto-plantación de América. La otra es defendida por Martínez del Río con los siguientes argumentos.

“Ya que, como hemos visto, la agricultura nunca fue practicada en las inmensas regiones del nordeste de Asia y del noroeste de América, el hecho de suponer que los que la introdujeron hubieron de entrar por el Estrecho de Bering, nos obliga a aceptar una de las dos soluciones: la primera es la de que fue traída a América por un grupo, el cual, todo dentro del corto plazo de una vida, conoció los cultivos practicados en el Asia central u oriental, se dirigió hacia el Estrecho de Bering, cruzó éste y atravesando Alaska y Canadá, llegó a los EE.UU. o más abajo todavía, y, una vez ahí, deseoso de rehacer sus antiguos medios de existencia, empezó pacientemente a cultivar la tierra. La segunda solución es la que tuvieron que sucederse varias generaciones de inmigrantes para llevar a cabo el viaje desde el Asia Central a los EE.UU. pero que cada una de ellas explicó cuidadosamente a la siguiente la técnica de los cultivos con la recomendación de que ésta, a su vez, transmitiese lo escuchado a sus sucesores. Ambas soluciones resultan igualmente absurdas y pueden por tanto descartarse”.

Quedaría, empero, una última posibilidad. Que el paso de la recolección a la protoplantación se hubiese operado en América, a partir de Trenton (río Delaware, EE. UU.), donde se ha encontrado una pieza semejante a las clavas del altoparanaense, el citado —y a esta altura desechado— Cochise, y las estaciones tropicales que van desde Concepción, Yucatán, hasta el Cuareim, en nuestro país.

Dicha plantación, basada en la quema de una zona boscosa, en la cual perduran las bases calcinadas de los troncos, habría utilizado la ceniza para fecundar las tierras a las que se trabajó con

la coa o palo de plantar para practicar un arcaico cultivo de tubérculos.

De haber sucedido así, lo cual aún no se ha confirmado, habría dos tradiciones agrícolas en América: la del maíz andino y la de los tubérculos tropicales. El cúmulo de serias objeciones a la hipótesis de Menghin, que si bien parece ser falsa en cuanto a la tradición cochisoide puede ser válida para la cultura altoparanaense, obliga a poner entre signos de interrogación la proto-plantación atribuida a los preláguidos cuareimenses.

Si se acepta que los preláguidos de la primera oleada pobladora llegaron a nuestro país después que los cazadores esteparios prepámpidos de la segunda oleada, debe atribuirse el retardo a la condición semi-itinerante impuesta por el **habitat** selvático. Proto-plantadores o meros recolectores, tanto da, su desplazamiento en medio de los bosques por fuerza fue más lento que el de los cazadores esteparios, convertidos en parásitos humanos de las manadas en veloz huída hacia el sur.

**CUARTO ESTRATO CULTURAL:
CAZADORES SUPERIORES ESTEPARIOS
CON LAMINAS FOLIACEAS
(5.000 años a. J. C.)**

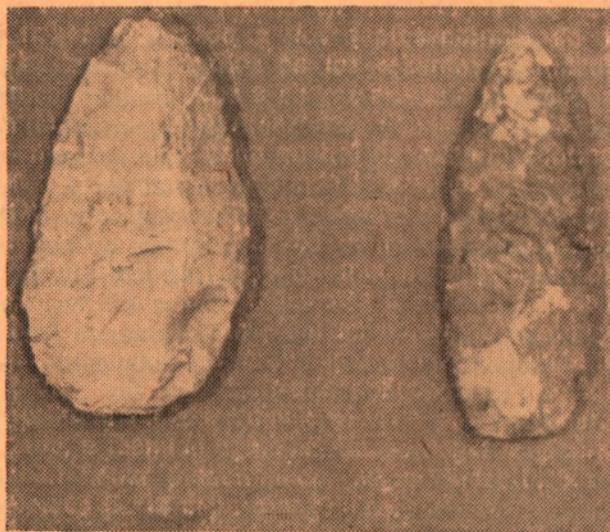
El estrato cultural de cazadores armados con láminas foliáceas configura un fenómeno sudamericano cuyas características de horizonte —o sea el de la amplia y rápida difusión de una industria en áreas dilatadas— se extienden desde el Jobo, Venezuela, hasta el corazón de la Patagonia. Las fechas de los yacimientos van desde los 8.000 años a. J. C., o más, en el norte, a 4.000 años a. J. C. en el sur. Hay vinculaciones indudables entre este horizonte de láminas foliáceas, que revisten las formas de hojas de sauce u hojas de laurel, con las puntas Lerma (México, EE.UU) y la Old Cordilleran Culture (EE.UU., Canadá), aunque es muy posible que un centro colocado en la zona norte de Sudamérica haya expandido hasta la Patagonia y hacia el Canadá este estilo de láminas delgadas, sin el típico acanalado simple de las puntas Clovis o doble de las Folsom, y manufacturadas delicadamente, mediante percusión fina y retoques a presión. Cuchillos alargados y varios tipos de raspadores acompañan y caracterizan a este horizonte.

Las láminas de Tulán, Viscachani, Lauricocha, Quishqui Puncu, Ranracancha, Ayampitín, amén de otras estaciones con industrias similares señalan en el área cordillerana, que gozaba en estos milenios de clima algo más húmedo, propicio a los piedemontes empastados, la presencia de una activa pululación de cazadores cuyas influencias no se limitaron a la zona.

En efecto, en nuestro país aparecen, en más de un yacimiento, láminas del tipo ayampitinense que obligan a reconocer esporádicas incursiones de bandas de cazadores en el territorio oriental en una fecha que, conjeturalmente, puede ubicarse hacia los 5.000 años a. J. C.

La presencia de estos cazadores esteparios armados con láminas fue revolucionaria. Su gran movilidad espacial les permitió vulnerar el letargo y aislamiento de los portadores de las primitivas industrias de guijarros, de lascas espesas y de hueso, marginalizados en remansados bolsones geográficos, y conmover, por lo me-

nos en el área andina, las modalidades culturales de los portadores de las industrias de bifaces. Es en el seno de este estrato que aparecen las piedras de moler, la deformación cefálica intencional tabular erecta y el entierro de difuntos en posición fetal con sus ajuares y espolvoreados con ocre o aún gránulos de óxido de hierro (Lauricocha).



Láminas foliáceas de los cazadores superiores del Uruguay.

Es a partir de la aparición revulsiva de estos grandes caminantes que comienza la aculturación y trasculturación de tradiciones, que las industrias se hibridan y las culturas se interfecundan y que, al margen de la problemática protoagricultura tropical, los carnívoros y granívoros comienzan a practicar una agricultura incipiente en las áreas sierrales. El protoneolítico nace, quizá, del entrecruce de las tres tradiciones (guijarros, bifaces, puntas y láminas) propiciados por el dinámismo migratorio de los cazadores esteparios, responsables del desalojo de viejos grupos enquistados y de una pululación de pueblos que, a la larga, activaron el contacto cultural propiciatorio de un "salto adelante".

Los cazadores esteparios armados con láminas, cuyo **pendant**

en el Viejo Mundo son las solutrenses, fueron también pintores de escenas de caza, al igual que sus semejantes de la provincia franco-cantábrica. En nuestra pintura rupestre no existen escenas de caza al estilo europeo o sudamericano. Sus guardas, grecas u otras representaciones de símbolos diversos deben adscribirse a una tradición posterior. No obstante, como se recordará, la presencia de manos pintadas la vincula a las más antiguas tradiciones del arte parietal aunque ellas bien pueden responder al difusionismo de los epígonos y no a la creación de los iniciadores. En cuanto al tipo racial de los cazadores esteparios con láminas foliáceas debe consignarse que los fósiles asociados a sus industrias —por lo menos en Lauricocha, Perú— revelan la presencia de individuos muy semejante a los lágidos. Es posible conjeturar que el esqueleto de Lauricocha responda a una aculturación local puesto que es más coherente, aunque no seguro, atribuir a los prepámpidos la modalidad cultural de este estrato.

No obstante lo dicho, y pese a la esporádica presencia de láminas de tipo ayampitinense en nuestro país, es importante señalar que el horizonte de láminas foliáceas no se asentó en las llanuras y penillanuras. En cambio penetró el de puntas triangulares, florecido en una región más limitada que va de Ichuña, Perú, al norte de Neuquén, Argentina, cuya aparición corresponde a la última fase de las puntas foliáceas.



El antropolito de Mercedes
(Museo de Historia Natural, Montevideo). -

QUINTO ESTRATO CULTURAL: CAZADORES SUPERIORES SUBANDINOS (3.000 años a. J. C.)

La presencia arqueológica de pequeñas puntas triangulares revela, en los sitios donde la estratificación geoarqueológica permite seguir paso a paso el vaivén de las migraciones y la superposición de los estratos culturales, un acontecimiento fundamental que marca el paso al mesolítico: la aparición del arco y las flechas. Es con el arco y las flechas que el cazador asume su definitiva estatura histórica. La flecha llega más lejos que la jabalina proyectada por el brazo o multiplicada en su envión por la ayuda del propulsor; es más certera y derriba a las presas veloces; evita que el hombre se exponga a luchas desparejas con las grandes fieras; acrecienta la dieta carnívora y hace crecer el grupo social; propicia la aparición de un cazador ubicuo, un guerrero temible y un emboscado franco-tirador. La lanza de hoja grande, apta para ser blandida y clavada sin desprenderse de las manos del cazador es el primer paso de la caza inferior a la caza superior; el segundo está dado por la presencia dinámica de la jabalina, que vuela del brazo del hombre hasta la presa, a la cual hay que acercarse con infinitos cuidados; el tercero surge cuando el lanzadardos, la estólica, el **atlati**, o el propulsor —que de todos estos modos se llama— hace su aparición en el paleolítico superior; el cuarto, ya gigantesco, se da con el genial invento del arco y la flecha, surgido en el Viejo Mundo en el mesolítico, salvo el caso de los precursores paleolíticos del capsense africano.

¿Cuándo penetraron el arco y la flecha en el Nuevo Mundo, si es que se acepta el criterio difusionista? ¿Cuándo fueron reinventados en él, si se prefiere la hipótesis evolucionista del desarrollo paralelo o convergente de las culturas?

Ibarra Grasso expresa que es necesario investigar los antecedentes configurados por las culturas del desierto de los EE.UU. en marcha hacia la neolitización cuyo repertorio es el siguiente: los morteros y manos para moler los frutos de la recolección —que luego serían la base de incipientes plantíos—, la cestería en espiral, las sandalias, el perro doméstico, las vasijas de piedra lábil,

las hachas de piedra con cintura y filo pulido, las boleadoras —no olvidar los lejanos antecedentes del toldense— y el arco y las flechas. De estas estaciones del desierto, cuya fecha radiocarbónica en Gypsum Cave asciende a 8.500 años a. J. C., los portadores del arco y las flechas se desplazan al sur, pasan por México, atraviesan el istmo, inciden sobre Lauricocha III, Perú (3.500-1.500 a. J. C.), donde ya se encuentran puntas de flecha, y propician los morteros del ayampitinense de las sierras de Córdoba. Los testimonios de Ichuña y Arcata, en Perú, de Intihuasi en Argentina y de las puntas toscas de flecha halladas en nuestro territorio, que podrían ser contemporáneas a los petroglifos labrados en las rocas existentes en el mismo, señalan la ruta hacia la Patagonia, alrededor del año 3.000 a. J. C., de culturas mesolíticas que progresivamente pierden e incorporan rasgos al introducirse en el gran crisol del embudo austral.

SEXTO ESTRATO CULTURAL: GRANDES CAZADORES AUSTRALES

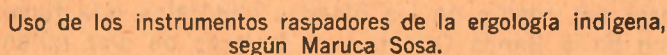
(1.500 años a. J. C.)

La mezcla de las distintas tradiciones culturales provocó en los milenios V, IV y III^a una movilización y contacto entre las etnias cuyas huellas son aún difíciles de seguir en nuestro país y en el resto del cono sur. En la parte meridional patagónica pueden rastrearse algunos antecedentes que revelan el paso de una doble tradición de puntas triangulares y láminas ayampitinoides, que sin duda pertenecen a dardos, hacia una nueva modalidad de puntas de flecha usadas por los cazadores de guanacos.

La antigua tradición de las boleadoras, iniciada en el toldense 9.000 a. J. C., con técnicas cuasi neolíticas de piedra pulida, prosigue durante este período oscuro. Alrededor del año 1.500 a. J. C. algunos grupos de cazadores superiores patagónicos, dotados ya de flechas con ancho pedúnculo y vigorosas aletas en el limbo cuya tipología persistirá hasta el choque con los españoles, se desplazan de su área e ingresan a nuestro país. Ya venían con su funebria de tumbas de piedra dispuestas en semicírculo (los **chenques** o **coshom** patagónicos), en las que inhumaban mediante entierro secundario a los restos de sus muertos que posiblemente guardaban en urnas de cuero durante las largas excursiones de caza. El repertorio de los pámpidos (llamados patagónidos por Canals Frau) que dan origen a la macroetnia charrúa, se caracteriza por una confluencia de elementos epimiolíticos y paraneolíticos. El pulimento de las boleadoras, de los rompecabezas y, sobre todo, de las hachas de doble escotadura, los morteros, los discos lenticulares y las placas grabadas con decoración histomorfa, así como la tendencia a la abstracción en la pintura rupestre —la greca, el signo escalonado—, trasuntan influencias neolíticas llegadas del área andina, ya directamente, ya desde la estación intermedia de las culturas sambaquianas. También posee clara influencia neolítica la cerámica aculturada y nunca dominada por esta etnia de grandes cazadores.

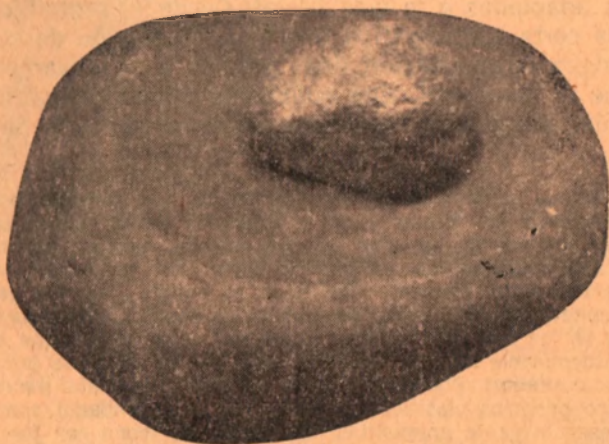
Dentro del cuadro de las oleadas culturales que fluyeron —y refluyeron de la Banda Oriental— a lo largo de diez milenios, los

58



culturales en un próximo libro, **El Uruguay en la prehistoria de América**) presentan una historia cultural dividida en tres periodos. En el primero poseen un instrumental lítico semejante al patagónico; en el segundo, ya por influencia andina, ya por influencia amazónica, transmitida por los pueblos de la novena oleada —los plásticos litoraleños— adquieren la cerámica, cuyas técnicas refinadas no aparecen por cierto en sus burdas vasijas, mal horneadas y de nulo valor estético; en el tercero, que bien puede calificarse como superior, desarrollan de modo prolijo y admirable el tallado y el pulimento de la piedra, logrando puntas pedunculares y lanceoladas espléndidas con la primera técnica y boleadoras y rompecabezas de gran calidad con la segunda.

Es muy posible que los petroglifos existentes en más de una zona del Uruguay y ciertas pinturas rupestres con tendencia a la representación de escenas y símbolos sean anteriores a los charrúas; es también posible, de ser así, que aquellos tengan algún parentesco con el repertorio cultural que acompañaba a los cazadores con puntas triangulares existentes en Ichuña y Arcata, Perú, alrededor del año 3.000 a. J.C. Estos cazadores andinos tardíos, introductores del arco y la flecha, como ya se vio, llegaron hasta nuestro territorio antes de la inmigración de los charrúas, atravesando como éstos las restingas del río Uruguay en tiempos de pronunciado estiaje.



Mortero y mano de piedra de los charrúas
(Museo de Historia Natural, Montevideo).

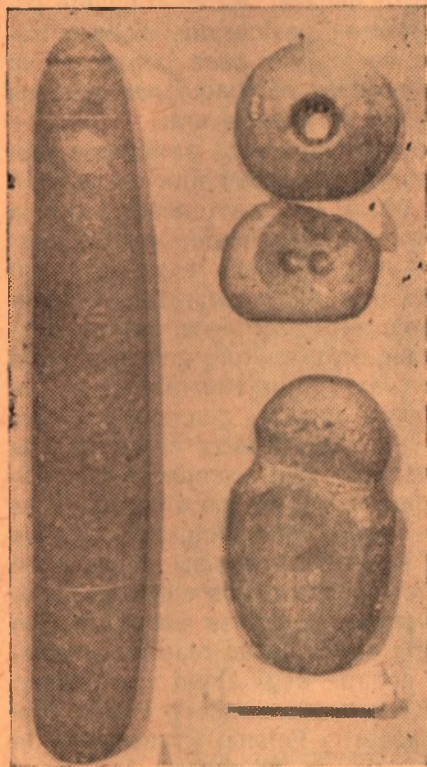
**SEPTIMO ESTRATO CULTURAL:
COMPLEJO INTRUSIVO SEMISESENTARIO
ANDINO - SAMBAQUIANO
(1.000 años a. J.C.)**

El problema de los conchales, ya de origen natural, ya contruidos por las valvas de los moluscos consumidos por los mariscadores, deben ser abordado con un criterio general, de tal modo que las culturas de los pueblos costaneros de América puedan ser estudiadas en conjunto. Conchales argentinos, chilenos, brasileños, uruguayos, guayánicos, colombianos y venezolanos, con diversas denominaciones y asiento de distintas culturas, forman un acervo prehistórico homologado por el común denominador de un género de vida —la recolección y pesca marinas— cuya paleoetnología debe indagarse mediante una más intensa prospección arqueológica y sistemáticas comparaciones.

En el caso que nos interesa, los sambaquí o conchales brasileños, poblados a partir del séptimo milenio a. J.C., constituyen el punto de convergencia (yo los he llamado en otros trabajos “nasas costaneras”) de diversas oleadas culturales venidas del interior de América y adaptadas a la vida litoral. Desde el protolítico al neolítico, cada corte estratigráfico revela la emigración de culturas de distinto origen cuya estación final positiva o negativamente determinada fue el sambaquí. Una autorizada opinión científica, la del Dr. Menghin, sintetiza así la peculiaridad multicultural de los **sambaquí**:

“Cuando contemplamos en conjunto lo que sabemos acerca de la existencia de las formas y de la evolución de la cultura de los sambaquí, tenemos la impresión de que estamos frente a una cultura preneolítica, epipaleolítica, en camino hacia una lenta neolitización. Son elementos indudablemente neolíticos el pulido —aunque generalmente deficiente— de las hachas de piedra, los zoolitos (de oscura procedencia) y en los períodos tardíos, la cerámica. Todo lo restante es en parte de descendencia miolítica (paleolítico superior), en parte protolítica (paleolítico inferior). Por tanto, desde un punto de vista puramente morfológico podemos clasificar la cultura de los sambaquí como una cultura esencialmente epimiolítica de hachas de mano con fuertes aportes protolíticos e influencias neolíticas mucho más débiles. Aún cuando el material arqueológico pudiera, alguna vez, proporcionarnos mayores datos al respecto, y asegurar que existía en ella conocimientos de cultivo no

solo miolítico sino aún neolítico, esto no podría modificar nuestro juicio acerca de su carácter. Pues indudablemente es, en lo esencial, una cultura de cazadores superiores que se adaptó a un determinado ambiente, lo cual trajo consigo la renuncia en buena medida a la caza, y la dedicación a la pesca y a la recolección de mariscos. También se puede, destacando los elementos neolíticos, llama a una cultura de este tipo paraneolítica”.



1, Pílon fusiforme; 2, itaitzá;
3, piedra "rompecocos"; 4,
hacha de piedra.

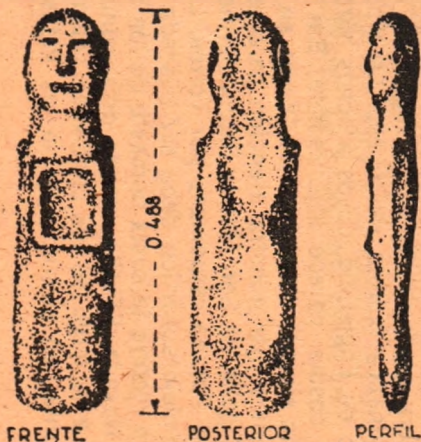
En nuestro país han aparecido múltiples elementos característicos de la zona sambaquiana meridional —hay otras dos, la “media” y la “amazónica”— cuyo inventario, muy sumario, es el que sigue: litos zoomórficos y antropomórficos (solo uno, el de Mercedes), piedras con hoyuelos llamadas “rompecocos”, pilones cilíndricos —¿bastones de mando, emblemas mágicos, símbolos fálicos?—, itaitzás (mazas de borde circular cortante y dos caras le-

vemente cónicas que le dan forma lenticular) y hachas de piedra pulidas.

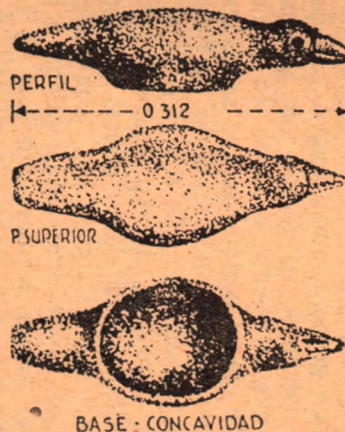
La arqueología señala que el florecimiento de este arte de la piedra en el área sambaquiana se operó 1.000 años a. J.C. Debemos fijar en tal fecha, pues, la entrada de los grupos portadores a nuestro país, los cuales parecen haber seguido la línea costera hasta establecerse en los sambaquí rochenses. Otro contingente parece haber venido por el norte, aunque es posible que dicha entrada haya sido posterior: lo insólito de la ruta hace pensar en la dispersión provocada en las comunidades sambaquianas por los invasores guaraníes hacia el año 1.000 de nuestra era.

De cualquier modo este grupo humano, cuyos caracteres fuegoláguidos son muy discutibles, penetró intrusivamente en el territorio uruguayo alrededor del año 1.000 a. J.C. y se encontró con la muralla de los charrúas. Se trataba sin duda de un pueblo bastante evolucionado, de raíz andina, ya que, como revela el Antropolito de Mercedes, hay en sus litos una muy posible filiación pretiwanakota (empleo la grafía boliviana; otros escribirían pretiahuanacota). Serrano lo estudió englobándolo en la cultura guayaná; otros arqueólogos lo consideran dentro de la "Cultura Riograndense". Dicha cultura, portadora de instituciones sociales mucho más organizadas que las de la macroetnia charrúa, conocía el tejido y la honda e introdujo las piedras lenticulares y los rompecabezas. Estas dos últimas armas pasan al patrimonio de los charrúas y es muy posible que los diseños de los tejidos manufacturados por los sambaquianos fueran imitados en el grabado de las placas y en los motivos de los **quillapís** o cueros pintados. Los elementos culturales más notables son las tabletas shamánicas esculpidas en piedra, con una concavidad excavada en forma de platillo, posiblemente utilizada para colocar allí y aspirar luego algún alucinógeno (¿paricá?). Hasta ahora, en nuestro país se han hallado cuatro litos zoomorfos (ornitolitos de Valizas, Tacuarí y Polonio y lacertolito de San Luis) y uno antropomorfo (antropolito de Mercedes). El aire de familia de esta industria con la del sur del Brasil es evidente y su carácter discreto, y por lo tanto intrusivo, también lo es.

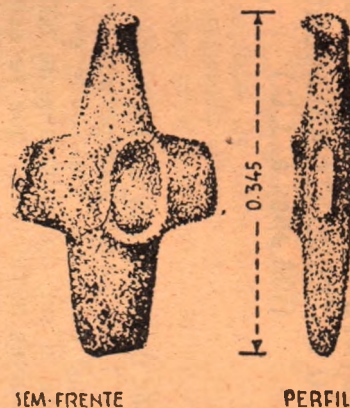
ANTROPOLITO de MERCEDES
MUSEO DE HISTORIA NAT DE MONTEVIDEO



ORNITOLITO del TACUARI
PROPIEDAD DEL DR. BAÑALES



ORNITOLITO del POLONIO
COLECCION DR. ALEJANDRO GALLINAL
DONADO AL ESTADO



El Antropolito y dos Ornitolitos de los cuatro encontrados en nuestro territorio según Maruca Sosa.

OCTAVO ESTRATO CULTURAL: COMPLEJO OSTEODONTOMALACOQUERATICO (500 años a. J. C.)

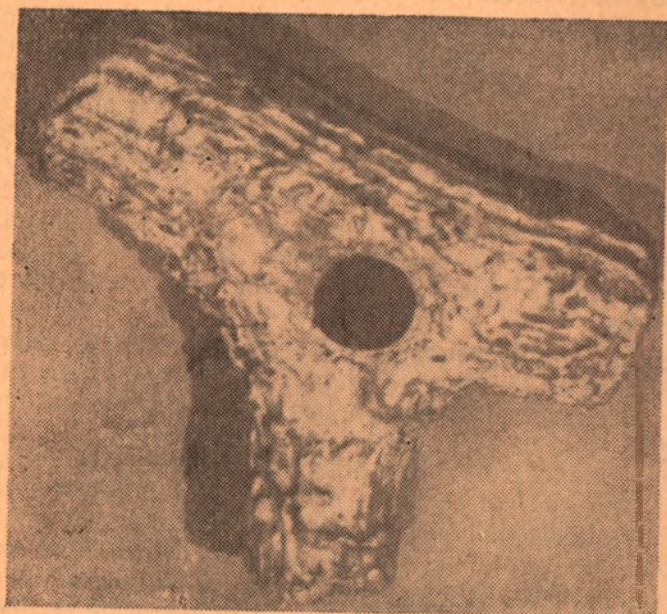
Siglos después de la entrada de los mariscadores setentrionales, cuya industria lítica estaba acompañada en el Brasil por una interesante artesanía del hueso, inexistente en las costas rochenes, penetra desde el sur, aproximadamente 500 años a. J. C., un grupo de mariscadores meridionales que se establece en las costas de Colonia, donde cambia el repertorio alimenticio marino por el fluvial.

Este enigmático grupo humano poseía una cultura del hueso, del diente, de la concha y del cuerno que lo aproximaba extrañamente al utilaje magdalenense europeo, en particular en el caso de las defensas de ciervo perforadas que se utilizarían como hipotéticos bastones de mando, enderezadores de flechas, prendedores de vestidos u objetos culturales. Su acervo óseo es abundante: colmillos perforados, punzones, agujas, arpones, ganchos de propulsor, leznas, raspadores, espátulas y puntas de flecha. Este importante arsenal óseo era trabajado con rocas sedimentarias —en particular areniscas— para efectuar su pulido y con rocas duras —sílex— para realizar los decorados incisos. El empleo de armas líticas, empero, fue muy reducido, y la alfarería se adquirió posteriormente, al tener contactos con los plásticos litoraleños del estrato u oleada invasora siguiente. Es difícil seguir los rastros americanos de esta enigmática cultura del hueso. La vinculación con la cultura del hueso de Englefield, cuyos arpones barbados no aparecen en nuestras costas, parece algo remota. Sin embargo es en aquel lejano punto situado en el mar de Otway, en el sur magallánico, donde debemos fijar nuestra atención para seguir luego con las industrias del golfo de San Matías (particularmente de concha) y las del delta del Paraná estudiadas por Torres. La puerta de acceso de este complejo subártico debe ser buscada en Alaska y su posterior derrotero recorre la costa noroeste de los EE.UU., penetra en el Estado de Nevada, EE.UU. donde deja puntas barbadas de asta, se expande a lo largo de los conchales colombianos y chilenos y al tocar fondo, en el sur, propicia las industrias del hueso

de la Tierra del Fuego. Su raíz parece maglemosense, cultura sub-ártica del mesolítico europeo, y es posible que haya ingresado a nuestro continente luego del pequeño avance glacial de Cochrane, unos 4.000 años a. J.C., desplazándose con relativa velocidad a lo largo de la costa pacífica. De todos modos deben atemperarse las interpretaciones crudamente difusionistas y aguardar nuevos estudios antes de efectuar pronunciamientos definitivos.

Los portadores de esta cultura eran sedentarios. Vivían a orillas del río Uruguay habitando **mounds** que los ponían al abrigo de las crecientes. Se dedicaban de modo fundamental a la pesca, pero la recolección y la caza también los abastecían suplementariamente. Sin duda alguna eran canoeros, como lo fueron también los posteriores pobladores de la zona, los chaná-timbúes y guaraníes. Sus arpones de hueso, muy semejantes a los del delta del Paraná, vuelven a reaparecer dentro del repertorio etnográfico de los matacos, indios chaqueños que los construyen de guampa y huesos bovinos con idéntica forma a los hallados en campo Morgan, Colonia.

El complejo osteodontomalacoquerático (del hueso, diente, concha y cuerno) no se conservó durante mucho tiempo en su estado original. Sus rasgos iniciales ya habían sufrido intensas aculturaciones a lo largo de su probable, aunque no seguro viaje litoral por las costas pacíficas primero y atlánticas después. Algunos se mantuvieron fielmente, tal como las enigmáticas astas de ciervo perforadas; otros se desnaturalizaron. La presión cultural y demográfica de grupos más numerosos y mejor armados mantuvieron marginalizados en las orillas marinas o fluviales a los portadores de este curioso acerbo óseo. En nuestro territorio prontamente se mezclaron con los primeros representantes del noveno estrato cultural, también litoraleño del Uruguay y de escasa o nula penetración en el interior dominado por los aguerridos charrúas.



Asta de ciervo perforada
(Museo de Historia Natural, Montevideo).

NOVENO ESTRATO CULTURAL: PESCADORES - CANOEROS - PLANTADORES (comienzos de nuestra era)

Los pueblos que estudiaremos a continuación pertenecen ya a las culturas neoindias. Se inaugura con ellos la apertura del IV período económico-cultural que corresponde al neolítico. El neolítico no es sólo la edad de la piedra nueva o pulida. Sus otras connotaciones son las que más importan: aparición de la agricultura, de la vida sedentaria, del tejido y de la cerámica. En el Viejo Mundo a estos caracteres se suma la domesticación del vacuno, el equino y el ovino. En América andina, donde existían pocas variedades de grandes y medianos mamíferos sólo se practicó la domesticación de los auquénidos, salvo la del perro, iniciada quizá en el mesolítico o en pleno neolítico. Sobre las otras especies animales domesticadas me remito a mi trabajo **Ideología y realidad de América, 1968**.

Pero es necesario afinar los conceptos antes de seguir adelante. El neolítico puede conocer la agricultura sin poseer aún la cerámica (Jarmo); en un paleolítico epilogal pueden existir ciudades sin que se practique la agricultura ni se hagan cacharros (Jericó); en Asia Menor se conoce una cerámica mesolítica, desarrollada antes de la fundación de ciudades y el plantío de vegetales domesticados (Beldibi). Lo mismo puede decirse con respecto a la aparición de los tejidos. Ya en Huaca Prieta, Perú, existía la agricultura —2.500 años a. J. C.— pero no había aún siembra de algodón, ni arte del tejido, ni telares. Es por ello que los tejidos hechos en algodón con dibujos policromos bordados pertenecientes a aquella época y aparecidos allí no son del lugar, ni de América, sino de una civilización asiática que por ese tiempo tenía relaciones transpacíficas con los pueblos costaneros aprovechando la contracorriente ecuatorial.

Ya se vio que el arte del pulido, dominado a fondo por la cultura lítica riograndense, no es un signo de neolitización plena. También se explicaron los alcances del término paraneolítico entonces utilizado. El neolítico que a continuación se analizará tiene rasgos peculiares. No es un neolítico en sentido estricto sino un

neolítico periférico. A pesar de la lejanía de los centros matrices de la neolitización situados en América nuclear participa de los rasgos del neolítico americano: carácter aluvional, acarreo transpacífico de ciertos rasgos y creación de otros, **collage** de tradiciones aculturadas o inauguradas en distintos momentos históricos.

Uno de los grandes temas controvertidos del neolítico americano es el del comienzo de la agricultura. Como se sabe, hay cuatro centros muy antiguos: dos se elevan a más de 7.000 a. J.C.; los otros dos son posteriores.

Los centros de gran antigüedad, pareja con la del Viejo Mundo, están en el cañón del Infiernillo, Tamaulipas, México, donde 7.500 años a. J.C. se sembraban porotos, zapallos y ajíes, y en la costa peruana, en Paracas, donde 7.000 años a. J.C. los pescadores - plantadores cultivaban, con medios rudimentarios, tomatillo y zapallos.

Los otros centros son Tehuacán, en México, donde las últimas dataciones han elevado los 6.000 años a. J.C., obtenidos con mediciones practicadas alrededor de 1960, a casi mil años más. El cuarto centro se halla en Bat Cave, Nuevo México, EE.UU., donde las fechas del cultivo incipiente son algo posteriores.

¿Cuáles son los problemas que suscita esta agricultura prehistórica americana? Son muchos y no es éste el momento de examinarlos, aunque sí de indicarlos.

1º ¿Es la agricultura americana de origen independiente o emigró del Viejo Mundo?;

2º ¿Hubo una etapa transitoria de la recolección al cultivo arcaico de especies similares a las recolectadas en los cuatro centros aludidos, seguida luego por la adopción de técnicas superiores provenientes de un préstamo cultural asiático?;

3º ¿Existen dos tradiciones agrícolas, la de los protoplantadores tropicales portadores del hacha de mano y la de los agricultores andinos que de granívoros se convirtieron en expertos cultivadores de maíz?;

4º ¿O se trata de uno sola tradición con una **facies** montañesa, inicial y otra de llanura boscosa, derivada?;

5º ¿La agricultura costanera peruana es anterior o posterior a la sierral?;

6º ¿La prioridad agrícola le pertenece a Mesoamérica o hubo en Perú un centro de invención independiente?

Las preguntas podrían multiplicarse, pero esta muestra basta para efectuar un breve inventario de las incertidumbres que envuelven al tema.

Acerca del origen de la cerámica podría efectuarse una operación semejante. En Tehuacán, México, hay fechas de 2.780 años a. J.C. y se supone que su origen en el litoral costero del Pacífico es más antiguo. En Valdivia, Ecuador, la cerámica, fechada 3.000 años a. J.C., revela claros contactos con la cultura Jomon, de origen japonés. Y lo mismo podría establecerse con el paso del período prealgodonero al algodónero, que en Perú se inicia hacia 2.500 años a. J.C.

Averiguar cuándo y cómo se mezclaron estas tradiciones y por dónde llegaron a nuestra región es la tarea de los prehistoriadores en estos próximos años. A nosotros nos interesan, por ahora, los pueblos neolitizados, arribados al estadio cerámico y conocedores de una agricultura incipiente, más o menos desarrollada, que inauguran la tercera gran etapa cultural de nuestra prehistoria indígena.

LOS CERAMISTAS LITORALEÑOS

Los arqueólogos y paleoantropólogos rioplatenses han establecido un área cultural claramente definida que se extiende a lo largo de las márgenes del Paraná y se prolonga hasta la desembocadura del río Negro en el Uruguay por el sur y la del Bermejo en el Paraguay por el norte. Dicha área cultural es denominada del litoral o litoraleña.

Ocho parcialidades tribales integraban el grupo étnico del litoral, donde metían sus cuñas culturales los querandíes, de origen pámpido y los guaraníes, de procedencia y raza amazónicas. Dichas parcialidades estaban divididas en tres sectores geográficos: al norte se hallaban los mepenes y los mocoretás; en el centro residían los quiloazas, los timbús, los corondas y los carcarás; en el sur estaban los beguás y los chanás, casi confundidos entre sí, a los cuales debe agregarse el grupo de los chaná-timbús, que figura en la crónica de Schmidel.

La existencia de chanás en las bocas del río Negro ha sido discutido por algunos autores. Por ejemplo, Lafone y Quevedo —que luego se rectificó— y Canals Frau sostuvieron que los chanás no llegaron en la prehistoria, desde la lejanía del tiempo, sino que

fueron traídos desde Baradero, Argentina, en 1582, cuando se hizo el reparto de tierras e indios de encomienda. A esta hipótesis se opone Acosta y Lara quien dice:

"Los que defienden la tesis según la cual no existió otra población chaná en la Banda Oriental que la de los indios de encomienda traídos desde el Baradero, luego del famoso reparto hecho en Buenos Aires en 1582, deberán pensar en que difícilmente estos indígenas afincados en Santo Domingo de Soriano hayan podido ellos solos sembrar de alfarerías los seiscientos kilómetros de costas que median entre las islas de Salto Grande y el extremo oriental de las playas septentrionales del río de la Plata".

Serrano ha vinculado los chaná-timbús al repertorio cultural de las tribus del Chaco, que parecen haber sido influidas por infiltraciones amazónicas arawac según lo señalarían ciertas modalidades de la cerámica. Ibarra Grasso considera que hay también una confluencia: la cerámica de los platos decorados y los motivos geométricos incisos tiene origen andino, mientras que los platos grandes, las asas zoomórficas y las "campanas gruesas" tienen su origen en la cuenca amazónica (los dos primeros) y en Santiago del Estero (las últimas).



Campana zoomórfica de Colonia
(Propiedad del Sr. Francisco Olivera).

Acerca de las campanas gruesas este último autor cree poder rastrearlas a partir de sus similares guatemaltecas, que los mayas utilizaban como incensarios para quemar copal, las cuales, pasando por Venezuela y atravesando la Amazonia, llegaron al Paraguay, donde aún hasta hace poco los payaguás las utilizaban en sus ceremonias —el punzamiento del miembro viril con una aguja, lo cual “es un hecho cultural mesoamericano neto”— y de allí al bajo Paraná y bajo Uruguay.

Estas campanas gruesas exhiben en su repertorio piezas interesantes, cuya descripción puntual no corresponde ahora. De cualquier modo el primer rasgo que llama la atención del observador del legado arqueológico extraído de los montículos —y no túmulos— donde vivían estas tribus ribereñas llegadas poco antes o ya en los comienzos de nuestra era, es la riqueza decorativa de la cerámica.

Los especialistas han distinguido tres etapas en la evolución de la alfarería litoraleña: la cultural básica, caracterizada por incisiones punteadas o lineales —traídas por los pueblos de las llanuras con influencias andinas—; la de los ribereños plásticos o plásticos paranaenses, determinada por la influencia de la migración de formas mesoamericanas a través de la Amazonia —donde no hay rastros de alfarerías gruesas—, caracterizada por los rasgos arawacoides de los apéndices zoomorfos y las alfarerías gruesas; y la básica litoral persistente que conserva, luego de la citada penetración, el estilo antiguo, tal vez afirmando así la permanencia de un fondo paleoamericano sobre el cual se sobrepusieron otros pueblos de filiación prepámpida o pámpida. Acosta y Lara considera que en el Uruguay los ceramistas timbús adoptaron las técnicas amazonizadas mientras que los chanás y beguás perseveraron en la modalidad básica persistente.

Una de las características distintivas de estas culturas neoindias, de carácter neolítico, diestras en realizaciones cerámicas, era su arte náutico.

Las canoas monoxilas, fabricadas con el tronco de un solo árbol, tripuladas según los cronistas por 16 remeros (timbúes) o 20 remeros (mepenes) y encontradas hoy en los sedimentos fluviales, constituían los medios de transporte y pesca de estas tribus litoraleñas. El pescado —abundantísimo y de excelente calidad (bagres gigantes, dorados)— se consumía en grandes cantidades y las tribus se disputaban la posesión de los buenos pesqueros, próximos a las restingas. En ciertos sectores, sobre todo en el central,

se practicaba la agricultura. Los timbúes y los carcarás sembraban maíz, zapallos y porotos; en cambio no hay crónicas históricas ni pruebas arqueológicas que atestigüen la presencia de prácticas agrícolas en las bocas del río Negro aunque no debe descartarse tal posibilidad.

Ya se vio en el capítulo anterior que los portadores del complejo cultural osteodontomalacoquerático fueron absorbidos por esta oleada cultural. Por tal razón en los **mounds** o montículos donde se asentaban los litoraleños pescadores - canoeros y eventualmente plantadores abundan los restos de aquella industria. En cuanto a los tales montículos se ha pretendido que eran túmulos o, mejor aun, cementerios. Los más probable es que se tratara de terraplenes contruidos **ex profeso** para poner los campamentos a salvo de las grandes crecientes, comunes a lo largo de todo el curso del río Uruguay y más pronunciadas aún en su curso inferior, engrosado con los caudales del río Negro. Es cierto que en dichos terraplenes se encuentran tumbas, pero los restos de comida, la enorme cantidad de huesos y valvas de moluscos, los fragmentos de cerámica y las huellas de fogones demuestran que antes que túmulos deben ser considerados paraderos.

No abunda la industria de la piedra entre estas parcialidades. Las grandes boleadoras y rompecabezas que hicieron famosa la ergología lítica charrúa aparecen esporádicamente o faltan por completo en los repertorios de la cultura material de los litoraleños asentados en nuestro país.

En lo que toca a su tipo racial, Muñoa se inclina a considerar que los pueblos del litoral eran pámpidoláguidos, es decir, pámpidos mestizados con láguidos. Los caracteres pámpidos resultan de la elevada estatura de aquellos, descritos por cronistas como Schmidel y recopiladores como Oviedo, confirmados luego por los trabajos paleontológicos de Torres en las islas del delta del Paraná. Los caracteres láguidos, a su vez, surgen de la dolicocefalia combinada con la hipsicefalia, patricularidad craneana también comprobada por Torres en su copioso y documentado libro sobre los primitivos habitantes deltaicos.

DECIMO ESTRATO CULTURAL: GRANDES CANOEROS - CAZADORES PLANTADORES TROPICALES (1.400 años de nuestra Era)

Los pueblos asiáticos intensamente mongolizados que penetraron relativamente tarde en América son caracterizados de este modo por los representantes de la escuela ciclo-cultural y en especial por Imbelloni: el tercer contingente migratorio, muy importante como masa demográfica, se origina en una época en la cual el borde oriental del Viejo Mundo fue dominado por poblaciones metamórficas cuyo carácter distintivo estaba proporcionado por una ingerencia cada vez más preponderante del elemento xantodérmico, no premongoloide sino ya decididamente mongoloide. El predominio progresivo del mongoloidismo desempeñará de aquí en adelante un papel cada vez más protagónico tanto en el área americana como en el ruedo insular del Pacífico. De tal estrato proviene el conjunto casi continuo de los amazónidos, llamados brasílicos por Canals Frau, cuya principal característica demoracial es haber constituido la oleada cuyo adensamiento es esencialmente sudamericano.

El patrimonio cultural de esta inmigración oscila entre el propio de los dayak de Borneo, cazadores de cabezas armados de cerbatanas para lanzar dardos casi siempre envenenados, y el típico de los agricultores y tejedores de Melanesia, expertos en el arte de teñir los tejidos con las técnicas del **ikatte**, refinados modeladores de arcilla, tallistas de madera y vivaces decoradores.

Entre los diversos elementos transportados por este ciclo cultural (ciclo del arco + ciclo de la azada) figuran los siguientes: batidores para golpear y adelgazar las cortezas de árbol, remos con empuñaduras semejantes a muletas, arco plano-convexo en secciones con cuerda vegetal, pintura ornamental del cuerpo, mutilación de los dedos en signo de duelo y **potlach**, especie de servidumbre que obliga a proporcionar tributos colectivos. Las tradiciones pertenecientes a los dos ciclos matriarcales de Oceanía se manifiestan en el predominio de la casa cuadrada, frecuentemente de grandes dimensiones y comunal, los palafitos, las danzas en-

maskaradas y las armas contundentes, en particular las clavas con cabeza de piedra redondeada. Dichos rasgos son visibles pese a los empréstitos y filtraciones culturales de otros ciclos que se superpusieron a su repertorio originario.

Esta interpretación, de base racial y superestructura cultural muy rígida, debe ser contemplada a la luz de ideas más plásticas, no tan crudamente difusionistas, generadas por el conocimiento de las realidades antropológicas sudamericanas. Los pueblos que viven en la inmensa cuenca del Amazonas son de diverso origen, y algunos tienen raíces muy primitivas. En cambio los pueblos amazónicos en sentido estricto poseen una cultura silval de tipo medio, con cerámica y agricultura, cuyos portadores hablan las lenguas tupi - guaraní, arawac y caribe.

En el momento del descubrimiento, y en particular cuando estos grandes canoeros llegan al río de la Plata, hacia el 1.400 de nuestra era, más o menos, su cultura primordial estaba profundamente influida por rasgos de origen centroamericano y andino. Su cerámica incisa primigenia, por ejemplo, fue enriquecida por las técnicas de una cerámica superior, profusa y delicadamente pintada, cuyo centro está en la región ístmica y colombiana. Del mismo modo sus hachas de tipo **celt** y sus rompecabezas de piedra derivan de formas andinas fácilmente identificables.



Hachas pulidas de los guaraníes
(Museo de Historia Natural, Montevideo).

LOS PIRATAS DE LOS RIOS

Los guaraníes entraron tardíamente en la Banda Oriental pero ejercieron una influencia decisiva por su predominio lingüístico, su caudal demográfico y su gravitación económica en la época de las misiones jesuíticas establecidas en las estancias de Yapeyú y los Pinares. Hasta antes de la conquista los charrúas los habían tenido a raya pero luego de la misma, y obedeciendo a la gran dispersión impuesta por los españoles y lusitanos, que los desalojaban de sus antiguos hogares, los tupí-guaraníes convulsionaron a toda la América tropical y subtropical sumergiendo bajo sus oleadas a las tribus que anteriormente residían en dichas áreas.

Dichos movimientos migratorios finales son la culminación de una tendencia expansionista de estos pueblos canoeros, dotados de una gran movilidad, sobre cuyo centro originario no hay todavía acuerdo.

Ibarra Grasso los hace partir de "un lugar situado hacia el oriente de Colombia o sus zonas vecinas inmediatas". Metraux ubica el foco de dispersión en una zona encuadrada entre los ríos Amazonas, Paraguay, Tocantins y Madeira. Martius los consideraba ribereños de las orillas del Titicaca. Pero la mayoría de los autores meridionaliza el centro de dispersión: Ehrenreich lo ubica en una zona situada entre el Paraná medio y el alto Paraguay; D'Orbigny en el sur del Brasil, sur del Paraguay, Misiones y Corrientes; y Canals Frau en las "regiones boscosas que se extienden entre el río Paraguay y el Paraná". Pericot y García también afirma que el foco de dispersión de la familia tupí-guaraní debe colocarse entre los ríos Paraguay y Paraná:

"De donde por el Xingú y por otros caminos llegarían al Amazonas, a las Guayanas, a la costa atlántica y hacia el oeste; tras subir el Amazonas remontarían los afluentes de la derecha de este gran río. Su procedencia explicaría el gran número de influencias peruanas que entre ellos se observan, hasta el punto que algunos los consideran como los difusores de la cultura andina por los territorios atlánticos. Siguiendo en sus movimientos el curso de los ríos o la línea de la costa, merecieron que Hervás los llamase fenicios de América".

Los guaraníes llegaron a nuestro territorio por dos caminos. Por la costa atlántica venían los tupíes que sepultaron bajo el empuje de las tribus de los tapes a los restos deculturados de los paleoamericanos infiltrados desde las épocas medias de las culturas sambaquianas y refugiados en los "terremotos" del área pa-

lustre del oriente uruguayo. Por los ríos Uruguay y Paraná descendieron los Chandules o Chandris, esto es, los guaraníes de las islas, descritos por Schmidel y otros antiguos cronistas. Aunque los charrúas los combatieron, estos guaraníes bien armados, de veloz desplazamiento y buen repertorio de cultura material, hicieron pie en nuestro territorio y se ubicaron en posiciones litorales.

Cuando Solís desembarcó en Colonia fue con ellos y no con los charrúas que tuvo la mala suerte de encontrarse. La antropofagia mágica (de raíz melanesio-amazónica) se encargó de dar a los restos del marino español un destino terrible pero cierto. Los comedores rituales de hombres habían llegado al río de la Plata.

Los guaraníes eran pueblos agrícolas, avezados canoeros, con un fondo de tradiciones culturales neolíticas sobre el cual se superpusieron empréstitos derivados de las altas culturas andinas de la edad del bronce, aunque al no tener metales copiaron en piedra y madera la morfología de los utensilios imitados, en particular las armas. Otros rasgos típicos eran su buena cerámica y la famosa antropofagia ceremonial que recibió el nombre de canibalismo al derivar de la voz **caribe** o **caribal**.

Practicaban la plantación mediante la roza; en los claros selváticos dejados por los incendios sembraban zapallos, maíz y mandioca, aunque por razones climáticas este tubérculo no se cultivó en nuestras latitudes. Con el maíz masticado hacían chicha, bebida fermentada que presidía sus borracheras colectivas. Hábiles pescadores y buenos cazadores, conservaban la carne mediante el ahumado. Vivían en grandes casas comunales, circulares o rectangulares en las regiones tropicales; más al sur las viviendas eran de menores dimensiones aunque conservaban en su mayoría la planta circular. Las paredes de las viviendas eran de troncos y las cubiertas de ramas. Los poblados, constituidos por una docena de malocas pequeñas o cuatro o cinco grandes, se situaban a orilla de los ríos y se rodeaban por una doble empalizada de troncos. Los hombres iban generalmente desnudos y las mujeres usaban un cubresexo de algodón o plumas; los misioneros difundieron luego, por razones de etnocentrismo cristiano, el púdico uso del **tipoy**, una vestimenta talar que cubría hasta los tobillos. Navegaban en canoas monoxilas de respetables dimensiones, excavadas en un tronco por las hachas de piedra pulida. Algunos cronistas narran que las canoas se unían por medio de un puente en el cual los indios construían una especie de cabaña. No es inoportuno relacionar esta práctica con otras similares del mundo oceánico, donde es

frecuente, además del empleo de la batanga simple o doble, el uso de dos grandes canoas unidas por un puente donde se ubican los tripulantes y sus alimentos para las largas navegaciones. Los canoeros guaraníes, llamados por Hervás "fenicios de América"; fueron calificados más gráficamente por Ramírez, quien, en su carta de 1528, los denominó "corsarios de los ríos".

Para hacer sus tejidos en telares verticales hilaban previamente el algodón a mano, aunque usaban también otras fibras —las del caraguatá— para fabricar hamacas de dormir y redes de pescar. Entre sus armas figuraban el arco de grandes dimensiones, las flechas con punta de madera o de hueso (frecuentemente humano), la maza o macana con cabeza circular de piedra y a veces de madera cuadrangular, cuchillos de caña aguzada y hachas de piedra de tipo **celt**.

La cerámica, de múltiples formas y variadas técnicas, constituía uno de los rasgos típicos de los guaraníes. Era lisa, pintada o corrugada, pero no es momento de detallar sus modalidades, las cuales se estudiarán en mi anunciado trabajo sobre **El Uruguay en la prehistoria de América**. Del mismo modo, lo relativo a la raza, la organización social, la religión, la funebria, la antropofagia, la práctica de la covada y otros rasgos de la cultura material, serán tratados ampliamente en la anunciada obra.

CONCLUSION

El objetivo de este trabajo está cubierto. Pese a mis personales limitaciones y a los claros que existen sobre el proceso de nuestra prehistoria, creo haber esquematizado una breve visión conjunta de los diez mil años que abarca el pasado aborígen uruguayo, inscripto en el más amplio y comprensivo marco del embudo austral sudamericano y en la vida sociocultural de los pueblos que poblaron el Nuevo Mundo desde hace por lo menos cuatrocientos siglos.

Falta en el resumen, salvo contadas excepciones, lo relativo a la cultura material y espiritual de las tribus o "naciones" que habitaban nuestro territorio al tiempo de la conquista y particularmente muy poco se dice sobre la macroetnia charrúa. Ya se explicaron las razones de esta aparente asimetría.

No obstante, por poco que sea, lo ofrecido responde a un propósito dinámico, integrador: el Uruguay está profundamente vincu-

lado a la prehistoria del doble continente americano y constituyó una especie de vertedero de antepasadas etnias en dialéctico proceso de oposición y síntesis. La historia de los siglos XIX y XX volvería a reiterar aquel primigenio destino estuárico convirtiendo a la antigua Banda Oriental en una encrucijada de pueblos "transplantados". Nuestro país fue un retoño de la Europa Occidental (genéricamente de cultura latina y específicamente francoitaloibérica) que injertó en el área rioplatense una humanidad racial y culturalmente extraña a la indoamérica del Pacífico y a la afroamérica del Atlántico y Caribe.

Este bosquejo, finalmente, debe ser ampliado, controvertido, sistematizado y complementado por el constante desarrollo de la ciencia arqueológica, la paleosociología y la etnología para que se convierta posteriormente en un cuadro plausible, en una explicación valedera, y abandone su modesta condición de panorama tentativo.

BIBLIOGRAFIA BASICA

- Acosta y Lara, E.** — Los chaná-timbúes en la Banda Oriental. Montevideo, 1956.
— Panorama general de las culturas indígenas en la Banda Oriental. *Amerindia*, Nº 2; Montevideo, 1964.
- Alcina Franch, J.** — Manual de arqueología americana. Madrid, 1965.
- Ameghino, F.** — La antigüedad del hombre en el Plata. Buenos Aires, 1880.
- Almagro, M.** — Introducción al estudio de la prehistoria. Madrid, 1960.
- Araújo, O.** — Historia de los charrúas y demás indígenas del Uruguay. Montevideo, 1911.
- Armillas, P.** — Programa de historia de América. Período indígena, México, 1962.
- Aveleyra Arroyo de Anda, L.** — Prehistoria de México. México, 1950.
— Los cazadores primitivos de Mesoamérica. Instituto de Investigaciones Históricas, Cuaderno Nº 21; México, 1967.
- Bauzá, F.** — Primitivos habitantes del Uruguay. Montevideo, 1895.
- Bird, J.** — A comparison of South Chilean and Ecuadorian "Fishtail" projectile points. *The Kroeber Anthropological Society Papers*, Nº 40; Berkeley, 1969.
- Bórmida, M.** — Las industrias líticas precerámicas del arroyo Catalán Chico y del Cuareim. *Rivista di Scienze Preistoriche*, XIX. Florencia, 1964.
— El Cuareimense. Una antigua industria lítica del norte del Uruguay. *Homenaje a Fernando Márquez Miranda*; Madrid 1964.
- Bosch Gimpera, P.** — La prehistoria y los orígenes del hombre americano. *Orígenes do Homen Americano*; San Pablo, 1961.
— *L'Amérique avant Christophe Colomb*. París, 1967.
— Paralelos transpacíficos en las altas culturas americanas y su cronología. *Anales de Antropología*, VII. México, 1970.
- Canals Frau, S.** — Prehistoria de América. Buenos Aires, 1950.
— Las poblaciones indígenas de la Argentina. Buenos Aires, 1953.
- Campá, R. - Vidart, D.** — El catalanense. *Amerindia*, Nº 1; Montevideo, 1962.
- Cardich, A.** — Hacia una interpretación de la prehistoria de Sudamérica. *Anales de Arqueología y Etnología*, XXIV, XXV; Mendoza, 1969-70.
- Comas, J.** — Manual de antropología física. México, 1966.
— Introducción a la prehistoria general. México, 1971.
- Cooper, J. M.** — Areal and temporal aspects of aboriginal South American Culture. *Primitive Man*, vol. 15, nos. 1-2; Washington, 1944.
- Cordero, S.** — Los charrúas. Síntesis etnográfica y arqueológica del Uruguay. Montevideo, 1960.
- De la Sota, J. M.** — Historia del territorio oriental del Uruguay. Montevideo, 1841.
- D'Orbigny, A.** — *L'Homme Américain (de l'Amérique Méridionale)*. París, 1839.
- Figueira, J. H.** — Los primitivos habitantes del Uruguay. Ensayo paleontológico. Montevideo, 1892.
- Figueira, J. J.** — Relaciones etnográfico-arqueológicas entre Argentina y Uruguay. *Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía*, vol. 1º; Buenos Aires, 1962.
— Utensilios y armas de hueso de los aborígenes del Uruguay. *Homenaje a Fernando Márquez Miranda*; Madrid, 1964.

- Breviario de Etnología y Arqueología del Uruguay. **Boletín Histórico del Estado Mayor General del Ejército**, Nos. 104-105; Montevideo, 1965.
- Gladwin, H. — Men out of Asia. New York, 1947.
- Hrdlicka, A. — Origen y antigüedad del indio americano. Montevideo, 1965.
- Ibarra Grasso, D. E. — Las culturas paleolíticas sudamericanas. **Amerindia**, Nº 2; Montevideo, 1964.
- Argentina indígena y prehistoria americana. Buenos Aires, 1967.
- Imbelloni, J. — De Historia Primitiva de América. Los grupos raciales aborígenes. **Cuadernos de Historia Primitiva**, año III, Nº 2; Madrid, 1948.
- La segunda esfinge indiana. Buenos Aires, 1956.
- Genti e culture indigene dell'America. **Le Razze e i popoli della Terra**, Tomo IV; Turin, 1957.
- Nouveaux apports a la classification de l'homme américain. **Miscellanea Paul Rivet, Octogenaria Dicata**; México, 1958.
- Ingenieros, J. — Las doctrinas de Ameghino. Buenos Aires, 1951.
- Krieger, A. D. — Early Man in the New World. **Prehistoric man in the New World**; Chicago, 1964.
- Lanning, E. - Patterson, Th. — Early Man in South America. **Scientific American**, vol. 217, Nº 5; Nueva York, 1967.
- Martínez del Río, P. — Los orígenes americanos. México, 1952.
- Maruca Sosa, R. — La nación charrúa. Montevideo, 1957.
- Meggers, B. — Prehistoric America. Chicago, 1972.
- Meggers, B. - Evans, C. (ed) — Aboriginal cultural development in Latin America: an interpretative review. Washington, 1963.
- Menghin, O. F. A. — El tumbiense africano y sus correlaciones mundiales. **Runa**, II; Buenos Aires, 1949.
- El altoparanaense. **Ampurias**, XVII - XVIII; Barcelona, 1955-56.
- El poblamiento prehistórico de Misiones. **Anales de Arqueología y Etnología**, XII; Mendoza, 1956.
- Los sambaquís de la costa atlántica del Brasil meridional. **Amerindia**, Nº 1; Montevideo, 1962.
- Industrias de morfología protolítica en Sudamérica. **Anales de la Universidad del Norte**, Nº 2; Antofagasta, 1963.
- Relaciones transpacíficas de América precolombina. **Runa**, X; Buenos Aires, 1967.
- Metraux, A. — Les migrations historiques des Tupí - Guaraní. **Journal de la Société des Américanistes**, XIX; París, 1927.
- Muñoz, J. I. — Los pueblos prehistóricos del territorio uruguayo, Montevideo, 1965.
- Pericot y García, L. — América Indígena, I. El hombre americano; los pueblos de América. Madrid, 1961.
- Petit Muñoz, E. — El mundo indígena. Montevideo, 1968.
- Pi Hugarte, R. — El Uruguay indígena. Montevideo, 1969.
- Ribeiro, D. — Las Américas y la civilización. T. 3: los pueblos transplantados. Buenos Aires, 1969.
- Rivet, P. — Los orígenes del hombre americano. México, 1960.
- Schobinger, J. — Esquema de la prehistoria argentina. **Ampurias**, XXI. Barcelona, 1959.
- Prehistoria de Sudamérica. Barcelona, 1969.
- Serrano, A. — Etnografía de la antigua provincia del Uruguay. Paraná, 1936.
- Los aborígenes argentinos. Buenos Aires, 1947.

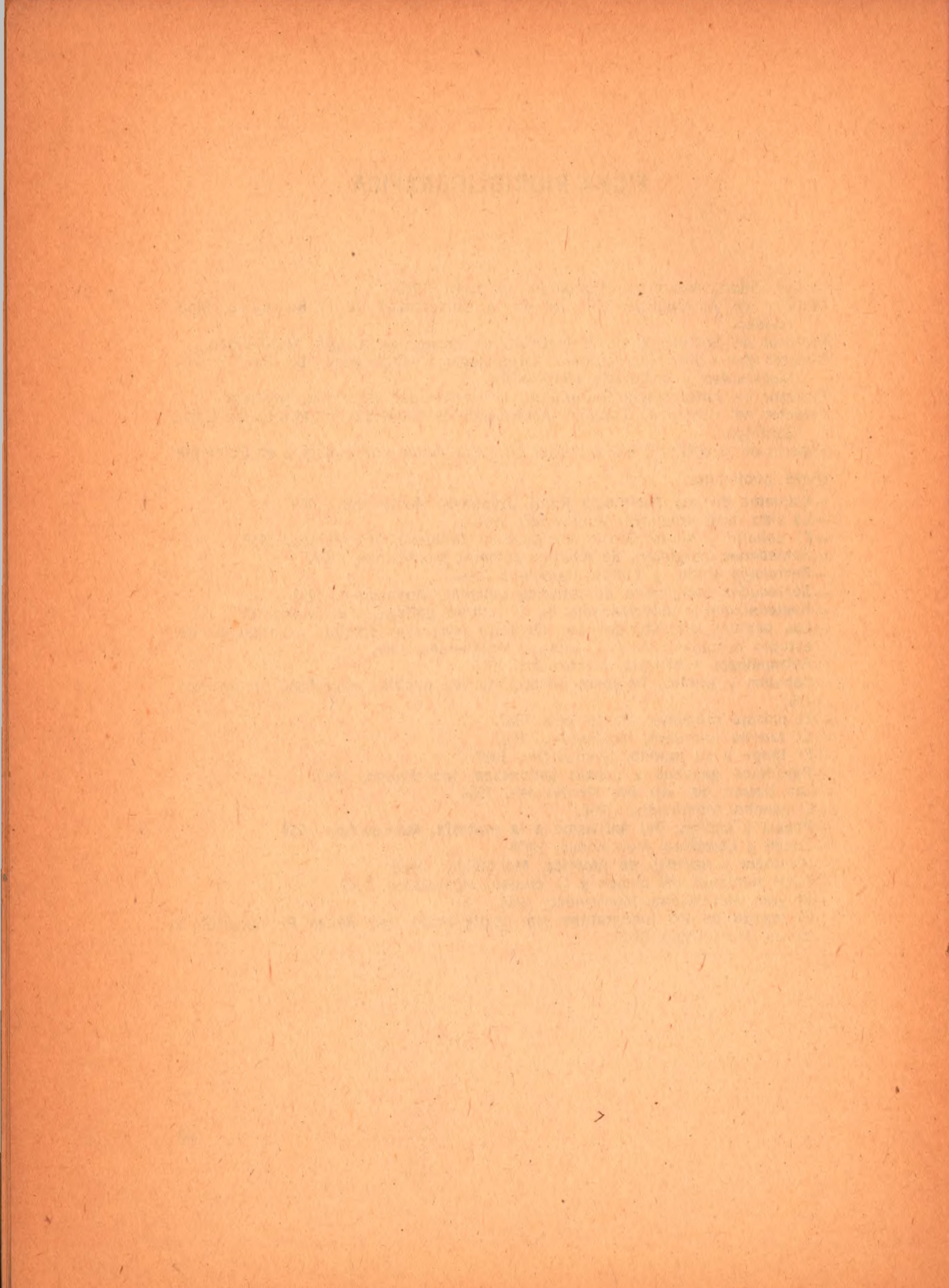
- Los pueblos y culturas indígenas del litoral. Santa Fé, 1955.
 —Líneas fundamentales de la arqueología del litoral. Córdoba, 1972.
- Steward, J. H. (ed.)** — Handbook of South American Indians, 7 tomos. Washington, 1946-1950.
- Taddei, A.** — Un yacimiento precerámico en el Uruguay. *Baessler - Archiv*, XII; Berlín, 1964.
- Torres, L. M.** — Los primitivos habitantes del Delta del Paraná. La Plata, 1911.
- Vidart, D.** — Los estratos culturales del Uruguay indígena. *Amerindia*, Nº 1; Montevideo, 1962.
 —Edición y notas de *Los pueblos prehistóricos del territorio uruguayo de J. I. Muñoa*; Montevideo, 1965.
 —Ideología y realidad de América. Montevideo, 1968.
- Willey, G. - Phillips, Ph.** — Method and theory in American Archaeology, Chicago, 1958.
- Wormington, H. M.** — Ancient Man in North America. Denver, 1957.

FICHA BIOBIBLIOGRAFICA

Daniel Vidart, nacido en Paysandú, Uruguay, 1920.
Profesor de Antropología Cultural en la Universidad de la República, Montevideo.
Profesor de Sociología en el Instituto de Profesores Artigas, Montevideo.
Director del Centro de Estudios Antropológicos Americanos "Dr. Paul Rivet", Montevideo, y la Revista AMERINDIA.
Profesor de Antropología Cultural en la Universidad de Chile, Santiago.
Director del Centro de Estudios Agrarios de la Universidad Católica de Chile, Santiago.
Experto de la UNESCO en investigación y evaluación antropológica en Colombia.

Obras publicadas:

- Esquema de una Sociología Rural Uruguaya, Montevideo, 1949.
- La vida rural uruguaya, Montevideo, 1955.
- El caballo y su influencia en América Indígena, Montevideo, 1958.
- Sociedades marginales de América colonial, Montevideo, 1958.
- Sociología Rural, 2 tomos, Barcelona, 1960.
- Sociedades marginales de América colonial, Montevideo, 1958.
- Regionalismo y universalismo de la cultura gallega, Montevideo, 1961.
- Los pueblos prehistóricos del territorio uruguayo (edición y anotación del estudio homónimo de J. I. Muñoa), Montevideo, 1965.
- Antropología e historia, Montevideo, 1965.
- Caballos y jinetes. Pequeña historia de los pueblos ecuestres, Montevideo, 1967.
- El paisaje uruguayo, Montevideo, 1967.
- El rancho uruguayo, Montevideo, 1967.
- El tango y su mundo, Montevideo, 1967.
- Payadores gauchos y poesía gauchesca, Montevideo, 1967.
- Las tierras del sin fin, Montevideo, 1968.
- El gaucho, Montevideo, 1968.
- Poesía y campo. Del nativismo a la protesta, Montevideo, 1968.
- Tango y literatura, Montevideo, 1968.
- Ideología y realidad de América, Montevideo, 1968.
- Tipos humanos del campo y la ciudad, Montevideo, 1969.
- El gran Montevideo, Montevideo, 1969.
- El legado de los inmigrantes (en colaboración con Renzo Pi Hugarte), 2 tomos, Montevideo, 1969.



INDICE

El Uruguay en la prehistoria de América	7
El origen del hombre americano	12
Estratos culturales del Uruguay indígena	22
Primer estrato cultural	25
Segundo estrato cultural	35
Tercer estrato cultural	45
Cuarto estrato cultural	51
Quinto estrato cultural	55
Sexto estrato cultural	57
Séptimo estrato cultural	60
Octavo estrato cultural	65
Noveno estrato cultural	68
Décimo estrato cultural	74
Bibliografía básica	80
Ficha biobibliográfica	83

impreso en forma cooperativa en los
talleres gráficos de la comunidad del
sur, canelones 1484, montevideo en el
mes de diciembre de 1973. depósito
legal Nº 37786

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
U.S.A.

Doc. No 19